CAPÍTULO IX

«Labor fina»

I

Obedeciendo al pie de la letra las órdenes de Lucrecia, llamó Enrique Osorio en la casa de la calle de Valverde que le había indicado su amada, preguntando por D. Julián.

No tardó en aparecer nuestro antiguo conocido el Sr. de Palomeque, el digno mayordomo de la condesa de Torrenegra, el cual, desde el casamiento de su señora, vivía retirado en Madrid para disfrutar tranquilamente del fruto de sus ahorros, lealmente realizados durante largos años de proba administración, y reforzados con una bonita suma que como regalo de boda le hizo D.ª Brianda.

—Caballero,—dijo Enrique.—¿Sería V. el señor D. Julián Palomeque?

—El mismo,—respondió el aludido.

—Envíame á esta casa D.ª Lucrecia Cifuentes... sobrina de D. Carlos Agüero.

—¡Ah! ¡D.ª Lucrecia! Pase V., pase V. Grandes amigos fuimos su tío y yo: al fin paisanos. Una persona bellísima... ¡ya lo creo!... y rico, muy rico, como Fúcar.

—Sin embargo, caballero,—repuso Enrique,—he de hacerle á V. presente con toda lealtad que mi situación es bastante ambigua, pues no sé si estoy libre ó si debo permanecer oculto. Por raro que pueda á V. parecerle, sólo Lucrecia sabe á punto fijo lo que me toca hacer. Por lo mismo le ruega á V. que se sirva tenerme en su casa hasta que venga ella misma.

—Todo lo que V. quiera, amigo... ¿Cómo?

—Enrique Osorio, teniente de dragones de Lusitania.

—¿Militar? ¡Bravo!

—Sí, señor. Pero mucho me temo que se haya cerrado para mí el porvenir que yo anhelaba.

—¡Quiá, hombre! No hay que ponerse triste, sobre todo contando con la protección de D.ª Lucrecia. Conque, adentro, y no abrigue V. el menor cuidado. En esta casa no hay vecinos: está llena de escondrijos, y en caso de alarma podría V. ocultarse en sitios donde no sería á V. capaz de descubrirle la misma ronda de la sala de alcaldes.

—Gracias, Sr. D. Julián.

El Sr. Palomeque acompañó entonces á Enrique á las habitaciones de la parte posterior de la casa, instalándose con él en el comedor.

—Aquí estaremos perfectamente,—dijo D. Julián;—y como por el rostro me precio de conocer el estado del estómago y veo que el de V. debe hallarse muy vacío, le propongo que mientras llega D.ª Lucrecia tome V. un tente-en-pié, siempre necesario en las grandes ocasiones.

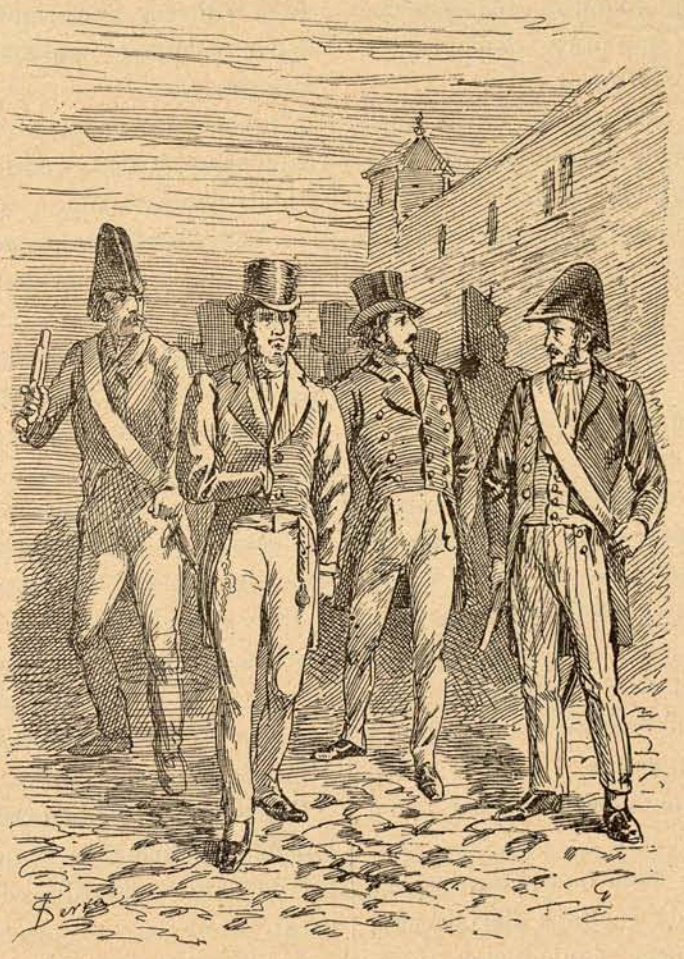
Y sin hacer caso de las protestas del teniente, salió el Sr. Palomeque, compareciendo al poco rato

con una bandeja ocupada por una botella de vino, algunas lonjas de jamón, pan, bizcochos y dulces.

—No le vendrá á V. mal este ligero refrigerio,— dijo, sirviendo con paternal solicitud al teniente.— Pero no crea V. que sólo se coman cosas frías en esta casa. A Dios gracias, no falta ningún día el buen puchero y algo más. La cena es á las ocho; muy parca, á la verdad: sopitas de ajo, un par de huevos, un plato de carne y... pare V. de contar.

—Gracias, Sr. D. Julián.

—Como no me gusta tener criados en casa, viene una mujer á cocinar, y dos días á la semana viene otra á arreglar eso, que, por supuesto, poco tiene



... llevaban atados codo con codo á los representantes del país!

que arreglar, pues yo soy hombre de orden y no desarreglo nada.

—Entiendo, Sr. D. Julián.

—Pues, sí, señor: no me gusta que se entere nadie de mis cosas, y de si tengo ó no tengo. Estamos en unos tiempos, amigo, en que no sabe uno de quién fiar, pues al que más amigo cree V., va y le delata.

—¡Triste verdad, Sr. D. Julián!

—Siendo V. amigo de D.ª Lucrecia, excusado es decir que me inspira V. la mayor confianza. ¿Conoció V. á D. Carlos?

—No, señor; pero me indicó Lucrecia usara su nombre al presentarme á V.

Sonrióse D. Julián y dijo:

—Ciertamente que el nombre de D. Carlos es una especie de amuleto con el que cualquiera puede penetrar en el interior, no digo ya de mi casa, sino de mi pecho. ¡Qué gran persona, amigo mío! El duque de Wellington no tenía mejor amigo que él. ¿Usted me entiende?

Osorio debió confesar que no entendía nada.

—Pues entonces, le diré á V. sin rodeos que don Carlos fué el que organizó aquí en Madrid la franc-

masonería, según las instrucciones que recibió del noble lord, verdadero introductor de aquella sociedad en nuestra patria.

No creía Osorio que á tales empresas se dedicara el duque, y así se lo hizo observar al Sr. de Palomeque.

—Sí: Wellington fué el que introdujo aquí la francmasonería,—dijo D. Segismundo;—pero ya antes había figurado Carlos en otras conspiraciones. Como que fué uno de los más activos *filadelfos*...

—¿Filadelfos?—exclamó Osorio.

—Sí: había una vasta conspiración, cuyos individuos llevaban este nombre y cuyo objeto no era otro que derribar á Napoleón y proclamar la república en España y Francia. No crea V. que fuese cosa de cuatro oficiales, sino que andaban en el ajo muchos divisionarios, y hasta el mariscal Soult. ¡El dinero que dió Carlos Agüero para que pudiese realizarse el pensamiento!

No podía Osorio disimular la sorpresa que le causaban las palabras de su amable huésped, abriéndose ante sus ojos extraños horizontes, en que veía la imagen de Lucrecia cernerse sobre una confusa muchedumbre de conspiradores republicanos. Y, á la verdad, sentíase un tantico humillado al considerar que en vez de haberse metido nunca en aquellos líos no había pasado en su vida de ser un simple defensor de la independencia española, sin fijarse en el sistema de gobierno imperante. Con todo, resistíase, aun imaginariamente, á *declararse* por uno ó por otro bando.

D. Segismundo, que sin duda quería aprovechar la ocasión para dar rienda suelta á ciertas cosas que se le pudrían en el cuerpo, siguió diciendo:

—Ello es que da grima lo que pasa. ¿Qué mayor infamia puede concebirse, amigo mío, y cito un caso entre tantos, que la manera como se procedió con los diputados? Acababa de llegar yo de la Mancha para instalarme en esta villa, y jamás olvidaré el espectáculo que se ofreció á mi vista el funesto día 11 de mayo. ¡Hubiese V. visto cómo los esbirros de Eguía llevaban atados codo con codo á los representantes del país! ¡Hubiese V. visto, como yo ví, pasar por las calles, como facinerosos, maltratados por los infames sicarios del absolutismo, á Muñoz Torrero, Martínez de la Rosa, Argüelles, Quintana, Villanueva y tantos otros ilustres oradores de las Cortes! Crea V., amigo don...

—Enrique Osorio,—dijo el teniente.

—Crea V., amigo D. Enrique, que aquello era capaz de exasperar al hombre menos liberal del mundo. ¡Y ese populacho gritaba, vociferaba, profiriendo palabras de muerte contra los pobrecitos presos!

—¡Triste espectáculo, en efecto!—dijo Osorio.

—Habían ganado *ellos*, bien se conocía,—siguió diciendo con vehemencia D. Julián.—¡Había ganado la frailería, la clerigalla! ¡Dios no los ha de perdonar! Y cuidado, que ellos han de lanzar á España á la ruina.

Nublóse el semblante de Enrique, pero no dijo nada sobre el motivo por el cual se veía perseguido y tenía que permanecer oculto.

—El rey está rodeado de malos consejeros,—prosiguió aquel profundo político.—Ni su mayor enemigo podría inspirarle una conducta más inicua. El que sirvió bien se ve postergado: en cambio, el que cuenta con la protección de algún cura ó fraile puede dar por hecha su carrera. Se conoce que no tiene V. ningún cura que le proteja, amigo D. Enrique.

—En efecto,—respondió Osorio;—no he tenido nunca tratos con esos señores.

—No es preciso que me lo jure V., amigo mío, pues de ser así no se vería V. acosado por esas fieras. Mucho será que no ande algún fraile en ese negocio que le tiene á V. sin saber si está libre ó si tiene que temer algo.

Osorio, maravillado de la sagacidad de D. Julián, hubo de referirle todo lo que le había acontecido, así durante su guardia como en la capitanía general.

—¡Si es lo que me figuraba yo!—exclamó Palomeque.—Hay una camarilla en Palacio que va á ocasionar más daño que una nueva invasión de los bárbaros del norte.

En tales pláticas fueron pasando las horas hasta que, ya anochecido, oyóse llamar en la puerta de la calle.

—¿Quién será?—exclamó D. Julián.—No debe ser aún Joaquina, la que me guisa.

—¿Será Lucrecia?—dijo Osorio.

II

Bajó á abrir el Sr. de Palomeque, y, en efecto, vió que no se había equivocado su joven huésped.

Era Lucrecia, que iba disfrazada ahora con un modesto traje de mujer del pueblo.

—¿Está ahí un joven...?

—Sí, sí: arriba lo tiene V., amiguita,—respondió D. Julián.

La atrevida doncella se apresuró á subir las escaleras, siendo recibida por Enrique, que conoció en seguida sus pasos así que hubo entrado en el zaguán.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Lucrecia.—Podemos estar tranquilos todos; pero si nos descuidamos algo todo estaba perdido. Conseguí que el rey me entregara una orden para ponerte en libertad; pero faltóle tiempo para expedir una contraorden.

El semblante de Osorio se tornó sombrío.

—¿Conseguiste una orden del rey para que me dejara libre?—dijo.

—Sí: ¿qué cosa más natural? Pero el rey se quería cobrar el altísimo favor...

Osorio rechinó los dientes.

—Y como se vió burlado, claro está: ¿qué había de hacer? Por fortuna los caballos de mi coche saben correr cuando es preciso, y pude llegar á la cárcel de la Corona antes de que me ganaran la delantera los criados de Palacio.

—Pero ¿qué pretendía de ti el rey?—exclamó Osorio con mal disimulada ira.

—Inútil es decirlo,—respondió la joven.

Osorio bajó la cabeza y miró con una especie de furor á Lucrecia, cuya tranquilidad le desesperaba.

D. Julián, que no perdía de vista los ademanes de Osorio, volvióse hacia éste y le dijo:

—Amigo mío, sólo Lucrecia es capaz de dejarle á *Narizotas* con un palmo de narices. Bien se ve que es una republicana de la madera de las Porcias y Cornelias, ó, mejor dicho, de las Cornelias y las Porcias.

—No acierta V., Sr. D. Julián,—respondió con arrogancia la joven.—Soy de la madera de las Lucrecias y Virginias, ó, si lo prefiere V., de las Virginias y Lucrecias.

Esta vez comprendió perfectamente la alusión Enrique Osorio, que sabía más de historia romana que de literatura francesa, y mucho debió contenerse para no arrojarse á los pies de su adorada.

—¡Bravo!—exclamó D. Julián.—Eso quiere decir, amigo Colatino, digo, amigo D. Enrique, que va á tener V. una mujercita que no se la merece.

—Ya hablaremos de lo que haya que hacer con ese *Sexto*, á quien dejé más corrido que una mona,—dijo Lucrecia.—Lo que ahora importa es ver lo que hacemos con su merced, señor ex teniente, porque, aunque sé muy bien que ningún peligro se corre en esta casa, no sería bueno abusar de las bondades del Sr. de Palomeque.

—¡Oh, por Dios! ¡No diga V. eso, señora!—exclamó D. Julián.—Esta casa es de Vds.

—Gracias,—replicó Lucrecia.—Conque ¿qué te parece, mi querido tenientecillo, si te enviara de embajador mío á Cádiz?

—¡Separarme de ti!—exclamó Osorio.

—Espero que sería por poco tiempo, amigo. Pero, de todas maneras, como á alguien he de enviar, si no eres tú, deberé enviar á otro.

—Iré donde tú me mandes,—repuso Enrique.

—Pues, entonces, no hay más que hablar. Saldrás bien disfrazado de arriero, con los pasaportes en regla, y te plantarás en Cádiz, donde no dejarás de tener algo que hacer.

—Iré en seguida.

—No tan pronto, teniente. Espere V. á mañana.

En aquel momento oyóse llamar de nuevo.

—Esta vez sí que es Joaquina,—exclamó con no disimulada satisfacción D. Julián.—Ruego á Vds. me disculpen si les dejo por un instante.

III

Así que hubo desaparecido Palomeque, exclamó Enrique:

—Lucrecia: ¿qué te ha ocurrido en Palacio? No puedes imaginarte cómo está mi pecho, cómo tengo mi cabeza...

—El rey me galanteó, pretendió... yo no sé qué; y no tuve más remedio que bajarle los humos, haciendo uso de una especie de talismán que no me abandona nunca.

—Pero ¿no debo yo mi libertad á ninguna concesión?

—Me ofendes mortalmente con tu pregunta. Si así hubiere sido, ó no me volverías á ver ahora con vida ó sabrías que el rey habría muerto.

—Gracias, Lucrecia.

—Te ruego, pues, dejes de preocuparte por ahora de lo que ha ocurrido. Si quieres vengarte, en tu mano lo tienes; pero no como un vulgar celoso, sino

como un hombre de corazón, amante de la honra y de la libertad de su patria; porque, si me amaras á mí más que á la patria y á la libertad, te tendría por indigno, Enrique, y me avergonzaría de haberte amado nunca.

—Te quiero tanto como á la patria y á la libertad; pero no menos,—replico Osorio.

—Así has de amarme,—replicó Lucrecia.—Interésanos, pues, á todos librarnos de la vergüenza que pesa sobre España. El país, sumido en la ignorancia idólatra del rey, es incapaz del menor esfuerzo. Si algo cabe hacer, sólo se puede y debe contar con el ejército.

—¡Pobre ejército!—murmuró Enrique.

—Sí: ya sé que el ejército está reducido á un rebaño de soldados andrajosos y de hambrientos oficiales; pero hay en Cádiz más de 10,000 hombres escogidos que pueden levantar á España de la postración en que yace.

—Sí: se está reuniendo cerca de allí, en el Puerto de Santa María, el ejército que se cree va á ser enviado á Venezuela.

—Ese mismo. Mándalo un general bizarro, buen patriota; un verdadero héroe, ilustre como el que más...

—D. Pablo Morillo, á cuyas órdenes he servido en Francia.

—Morillo, pues, es el que debe salvar á España, y la salvará.

—¡Morillo! ¡Jamás volverá sus armas contra el rey!

—No las volverá contra el rey Fernando; pero sí contra el rey absoluto, contra la camarilla que le rodea, contra la corte imbécil que impone su imbecilidad á la nación. A Morillo has de ver, pues, en Cádiz.

—Lo veré,—dijo con resolución Osorio.

—Sí: le verás y le ofrecerás de mi parte veinte mil duros, diciéndole que puede contar con diez veces más que le entregarán otras personas. Con ese dinero hay bastante para que se les quiten los escrúpulos á los que pusieran inconveniente en secundar el grito de *¡Viva la Constitución!*

—¿Está enterado de algo el general?

—Sí: le han hablado ya en este sentido, y no parece hallarse mal dispuesto; pero estoy segura de que hará más caso de ti que de otros.

—¡Quiéralo Dios!

—¡Oh Enrique de mi alma! ¡Qué felicidad la nuestra si pudiéramos los dos influir algo, por poco que fuera, en el restablecimiento de la libertad! ¡Oh! ¡Si pudiéramos arrancar á España de este abismo de vergüenza en que yace ahora! Sólo entonces podré creerme enteramente dichosa.

—Haré todo cuanto pueda, Lucrecia. Tu imagen será la estrella que me guíe. Sabiendo que, además de trabajar por mi patria, trabajo también por mi felicidad, no habrá riesgo que desafíe ni peligro que no venza.

—Así has de hacerlo siempre.

La aparición de D. Julián, llevando un velón en la mano, interrumpió el coloquio de los dos enamorados.

—Vamos: dentro de poco podrá V. tomar algo de sustancia,—exclamó el Sr. de Palomeque;—pues supongo que durante su permanencia en la *Corona* no habrá sido muy suculenta la comida.

Sonrióse Enrique, y repuso:

—Sí, D. Julián: es preciso que cobre nuevas fuerzas.—Y dirigiéndose á Lucrecia:

—¿Cuándo es la partida?—preguntó.

—Mañana al amanecer. Saldrás de aquí disfrazado ya, y encontrarás el carro en la plazuela de San Ildefonso. La misma mujer que guisa para D. Julián te traerá la ropa. En cuanto al dinero, aquí está en una letra sobre la casa Kelly.

Y Lucrecia entregó dicho documento á Enrique.

—Adiós ya,—exclamó la joven.—Me he de volver á casa, pues he pretextado una visita á una vecina. Adiós.

Y presentó la frente á Osorio, que estampó en ella un prolongado y casto beso.

CAPÍTULO X

De camino

I

Pocas horas después recibía Enrique Osorio un traje propio para fingirse trajinante, y le acompañaba á su cuarto D. Julián para que durmiese algunas horas antes de emprender su arriesgada expedición.

—Conque ¿mañana partimos: eh? — dijo Palomeque.

—Ya ve V., Sr. D. Julián.

—¿Ha estado V. nunca en Cádiz?

—No, señor.

—Pues es hermosa población. Muy alegre.

—Sin embargo, no creo yo divertirme mucho.

—Verdad. En la situación en que se encuentra V. no se está del mejor humor.

—Espero, D. Julián, que algún día habrá de cambiar este estado de cosas.

—¿Qué duda tiene? Pero, amigo, es preciso para ello que todos arrimemos el hombro.

—Ya lo arrimo.

—¡Oh! ¡Bien lo veo! Me permitirá V., no obstante, que le diga que va á ir V. muy poco recomendado á la isla.

—¿Qué más recomendación que el ofrecimiento de Lucrecia?

—No basta: menester será que encuentre V. allí auxiliares, hermanos...

—Sería mejor indudablemente; pero ya le he dicho á V. que no conozco á nadie en Cádiz.

—Lo conocerá V. al momento.

—¿Cómo?

—Amigo Osorio, V. ha sido hasta ahora un simple soldado esclavo del deber, cosa excelente; pero en situaciones como la que domina hoy, el deber consiste en algo más que en defender á la patria. Hay también que defender la libertad.

—Estoy dispuesto á ello.

—Y la libertad no se defiende, por desgracia, á la luz del día. Es preciso unirse en la sombra contra los que aguzan sus armas contra el despotismo.

—¿Cómo?

—En una palabra, amigo Osorio, es preciso que se afilie V. en alguna sociedad secreta.

El ex teniente abrió un palmo de ojos.

—¿En una sociedad secreta?—repuso.

—Sí, señor; y de esta manera, contando con el apoyo de los hermanos, podrá V. trabajar más desembarazadamente y con mayores probabilidades de éxito que no obrando aisladamente.

—Pero ¿quién me presentará á ninguna sociedad?

—Pues por eso le decia yo á V. Le presentaré yo.

—¡Usted!

—¿Eso le asombra? Pues sepa V. que desde el año 12 estoy afiliado á una logia: me presentó el coronel Fraser, el esposo de mi antigua señora la condesa de Torrenegra. Conservo, pues, excelentes relaciones con mis buenos hermanos de Cádiz y le daré á V. una carta para ellos.

—¡Con cuánto gusto la recibiré, Sr. de Palomeque!

—Pues ahí van cuatro cartas para otras tantas personas de suma influencia en la isla. Ahí tiene V.: para el Sr. D. Jacobo Whitehead, del comercio: es un inglés que hace muchos años vive en Cádiz; para el Sr. D. Manuel Creaght, lo mismo; para el Sr. don Rafael Ramírez de la Piedra, comisario de guerra; y para el señor marqués del Guadiel, rico propietario y diputado que fué en las primeras cortes.

—¿Y todos esos señores son... hermanos?

—Hermanos, amigos, correligionarios: todo lo que se puede ser de más íntimo. No habrá ninguno de ellos que no le reciba á V. con los brazos abiertos.

—¡Magnífico!

—Con esas recomendaciones será V. admitido al momento en la francmasonería.

—¡Ah! ¿Es en la francmasonería?

—Justamente.

—Gracias, Sr. D. Julián.

—Queda arreglado este punto. Ahora, á otra cosa y no se enfade V.

—No me enfadaré.

—Es preciso, pues, que ande V. sumamente prevenido por allí. Cádiz es, como dicen, el Madrid del Mediodía, y siendo eso, claro está que hay que ir con mucho tiento con las sirenas.

—¡Oh! ¡En cuanto á eso, ya sabe V. que sólo vivo por Lucrecia!

—Sí, ya sé; pero al fin y al cabo, hombre prevenido vale por dos.

—En efecto.

—Ojo, pues, mucho ojo, amigo Osorio.

—Afortunadamente será inútil su recomendación, señor de Palomeque; pero de todas maneras le respondo á V. de mi lealtad con mi vida.

—No lo dudo, amigo mío. Y nada más. Yo suelo levantarme tarde, y será probable no le vuelva á ver á V. hasta su regreso. Conque, punto final. Mucha actividad... y á ver si nos vuelve V. pronto con las mejores noticias. Amigo Osorio, buenas noches. —Y diciendo esto le alargó la mano.

Enrique cogió con efusión la diestra del anciano; pero en vez de estrecharla la llevó á sus labios, murmurando:

—No sé qué extraña veneración me inspira usted. Permítame que bese esa mano tan leal y tan honrada.

D. Julián se encogió de hombros y se retiró.

II

Al quedar solo en su cuarto, Enrique tuvo curiosidad por leer las cartas, abiertas todas, y tomando la que iba dirigida al comisario de guerra vió que era del tenor siguiente:

«Sr. D. Rafael Ramírez de la Piedra.—Cádiz.—Madrid y octubre 12, de 1814.—Muy señor mío y amigo: El dador de la presente D. Enrique Osorio pasa á ésa por los motivos que le expresará. Es un joven que puede hacer mucho en favor de nuestra causa y del cual respondo en absoluto. Espero que V. le abra camino y le facilite los medios de poder llevar á cabo la empresa que le lleva á ésa. Guíele V., aconséjele, y, en una palabra, interésese por él como si se tratara de mí mismo. ¡Quiera Dios protegerle en su demanda para que vuelva á lucir para España el sol de la libertad!—Siempre de V.,» etc.

Las tres cartas restantes eran por el mismo estilo.

—¡Qué corazón!—exclamó Osorio profundamente conmovido al pensar que aquel anciano, tan bondadoso y plácido, sentía con ardor juvenil palpitar su pecho á la idea de reconquistar la libertad perdida.

Vistas las cartas, ocurriósele enterarse del pasaporte y vió que debía llamarse Salvador Rincón.

Poco después se dormía Enrique, soñando toda la noche con el rey Fernando, á quien mandaba fusilar por un piquete de soldados francmasones en justo castigo á haber intentado hacer mangas y capirotes de la virtud de Lucrecia Cifuentes y Agüero.

III

No sería aun la del alba cuando Osorio, disfrazado de trajinero, abandonaba la casa de D. Julián Palomeque, franqueándole la salida Joaquina, que con tal objeto había pernoctado en la casa de la calle de Valverde. Encaminóse nuestro héroe á la plazuela de San Ildefonso, donde vió un carro con un

toldo, tirado por cuatro arrogantes mulas, y acercándose á él, salióle al encuentro otro trajinero que le dijo:

—¿Es V. el que va á llevar eso á Cádiz?

—Yo mismo,—respondió Osorio.

—¿Su gracia?

—Salvador Rincón.

—Pues, entonces, ya estoy aquí de más. Cudiao con las bestias, y cudiao también con la carga. Una vez haya V. despachao se vuelve V., y yo devuelvo los cuartos y me planto de nuevo en los Madriles.

—Perfectamente.

—Ya encontrará V. por el camino á tres ó cuatro que van pa allá también. Conque, si roban á uno tendrán que robar á todos.

—No hay temor.

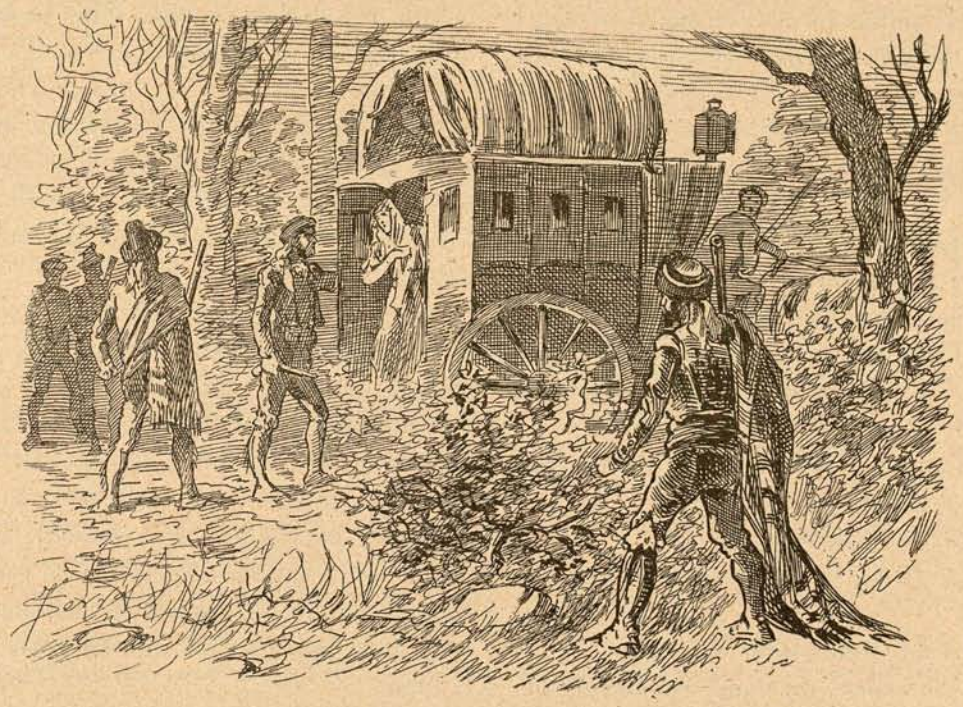
—Si preguntan algo, les dice V. que he tenido que quedarme en Hortaleza por no estar bueno.

—Así se lo diré.

—Pues na más. Buen viaje, y no comprometerme.

—Á la vista, compadre.

Y, diciendo esto, arreó Enrique á los animales,



... una hermosa joven á quien amenazaba pistola en mano un bandido...

que arrancaron pesadamente tirando del carro, cargado de sacos de garbanzos y de avellanas.

Media hora tardó en salir de la corte por la puerta de Toledo, sin que advirtiese la menor señal de haber llamado la atención. Ya fuera de Madrid respiró á sus anchas, y al llegar á Valdemoro creyóse enteramente libre de cuidado. Admiremos el atraso de aquellos tiempos, en que se podía un fugitivo creerse en Valdemoro fuera del alcance de las persecuciones de Madrid.

Como le había dicho el trajinero de la plazuela de San Ildefonso (que era el auténtico Salvador Rincón á quien había sobornado D. Julián, diciéndole que se trataba de un joven enamorado á quien los padres de la novia querían jugar un mal tercio, por cuyo motivo iba á refugiarse en Cádiz, donde otro arriero se encargaría de devolverle el carro), como le había dicho el trajinero, repetimos, Enrique encontró en Valdemoro algunos otros carros, que iban también á Cádiz. Extrañados los arrieros hubieron de preguntarle por Salvador Rincón, á lo cual les contestó lo que ya el otro le había prevenido, añadiendo que le sustituía en calidad de sobrino y ahijado suyo (de la cepa de los Rincones de Hortaleza) como el propietario.

La vida militar había curtido lo suficiente el rostro del salamanquino para que se le pudiese tener por verdadero arriero, hecho y derecho, á lo cual

hay que agregar que, habiendo servido Enrique Osorio en caballería, conocía perfectamente todo lo pertinente al oficio de trajinante. No inspiró, pues, sospecha alguna, y en las sucesivas paradas mostróse tan arriero como el que más.

IV

Quince días hacía que había salido de Madrid Enrique Osorio, cuando el convoy de que formaba parte su carro llegaba á Despeñaperros. Grandes temores asaltaron entonces á los viandantes, por si les salía al paso alguna terrible cuadrilla de ladrones, pero por rara casualidad pudieron atravesar la sierra sin tamaña desventura. Quiso el diablo, empero, que lo que no les ocurriera en los montes mariánicos se les esperara en las inmediaciones de Ecija.

Era una mañana de otoño, apacible y casi calurosa como lo son en Andalucía en aquel tiempo. Los carros seguían perezosamente por la carretera interrumpiendo el silencio con el acompasado ruido de los cascabeles de las mulas, cuando se oyeron resonar de pronto lastimeros gritos.

—¡Perdidos somos!— exclamó uno de los trajinantes.—¡Ya están ahí los bandoleros!

—¡Arreemos!—repuso otro.

—¡Qué es arrear! ¡Ya no tenemos tiempo!—replicó otro.

—¡Yo me escapo!—manifestó un cuarto.

—¡Pues yo me quedo!—exclamó con voz de trueno Enrique, empuñando un trabuco que formaba parte de los enseres de su carro.—Y si no me seguís sois unos cobardes. Somos cinco... ¿Qué hemos de temer? ¿Dejaremos que esos viajeros perezcan quizás á manos de los ladrones sin que haya quien acuda en su socorro?

—Pero ¿cómo vamos á librar á esos caminantes? —exclamó uno de los arrieros.—Los bandidos irán bien armados con escopetas y trabucos...

—Trabuco tengo también yo,—respondió Osorio. —Y si buscáis bien, de seguro encontraréis algún otro en vuestros carros.

—¡Venga!—dijo Osorio.

El preopinante se dirigió á su carro y volvió en seguida con su magnífico trabuco.

—¿Está bien cargado?—preguntó Enrique.

—¡Ya lo creo! ¡Lleva cuatro onzas de plomo! Pero ¿qué vais á hacer?

—Ya lo verás. ¡Sígame quien quiera!

Y sin mirar atrás enderezó sus pasos Osorio hacia una espesura por donde, formando un recodo, cruzaba la carretera, mientras sus cuatro compañeros, poseídos de terror, se santiguaban esperando su último momento.

Al llegar Enrique á unos doce pasos del lugar donde partían los lastimeros gritos que tanto terror habían ocasionado á los trajinantes, vió una silla de posta en cuya portezuela asomaba una hermosa joven á quien amenazaba pistola en mano un bandido, mientras otros, en número de cuatro, tenían cercado el carruaje, lanzando las más tremendas amenazas á los viajeros.

Echóse al suelo nuestro héroe y fuése arrastrando hacia donde estaban los bandidos, sin que por fortuna ninguno de ellos lo advirtiera, y en estando á unos doce pasos de distancia, apuntando al que amenazaba con la pistola, descerrajóle un trabucazo que le hizo caer sin vida. Tiró en seguida el trabuco y, apoyando el otro sobre la cadera antes de que los demás bandidos hubiesen podido salir de su sorpresa, volvió á disparar, hiriendo á dos, en vista de lo cual los otros dos indemnes se dieron á la fuga.

Al ver el brillante triunfo conseguido por aquel inesperado salvador, bajaron del coche dos señores y bajaron asimismo el mayoral y el postillón, corriendo entonces los cuatro en persecución de los fugitivos, que más ligeros que ellos desaparecieron al momento, con lo cual regresaron luego, pero con grandes ínfulas de valentía, los héroes de á última hora.

—Me ha salvado V. la vida y no sé cómo podré pagar á V. lo que ha hecho por nosotros,—decíale mientras tanto la señora á Osorio.

—He cumplido como caballero,—exclamó el tra-

—No tiene nada de particular, señora, que hayamos acudido al oir vuestros gritos. No es la primera vez que los arrieros hemos socorrido á los señores que viajan en sillas de posta.

V

Acercáronse en esto los valerosos perseguidores, y antes que dar las gracias á Enrique se encararon con los heridos que yacían en el suelo, acribillados de heridas. Porque, á la verdad, no había mentido el arriero que aseguró á Osorio que la carga del trabuco era de cuatro onzas de plomo, dividido en veinte ó treinta pedazos que obraron como verdadera metralla.

—¡Malvado!—exclamaba uno de los caballeros, joven aún, pues no pasaría de lo treinta y cinco años.—¡Ya te darán tu merecido en la Audiencia de Cádiz! ¡Disponte á bailar en la cuerda más pronto de lo que puedes figurarte!

—¡Si V. no ha hecho nada aquí!—respondió el herido.—¡A buena hora viene V. á echárselas de valiente! Si no es por el arriero...

—¿Y tú?—exclamó el otro señor, quincuagenario, dirigiendo la palabra al otro bandido.—Ya te arreglarán, buena pieza.

—No se me importa,—contestó el facineroso.—Lo que siento es tener que morir sin haber podido disparar mi arma. Ya habéis tenido suerte con que acudiese ese condenado trajinero.

Dejó entonces Osorio á la señora y fuése hacia los heridos, quedando lleno de confusión al oir que los dos á la par exclamaban:

—¡Teniente Osorio! ¡Conque es V. quien nos ha herido!

—¡Silencio!—gritó Osorio.—¿Qué estáis hablando ahí? ¿Por quién me tomáis, canallas?

—¡Hola!—replicó el primero que había hablado. —¡Esas tenemos! ¿Conque no es V. el teniente Osorio y no se acuerda ya del pobre sargento Toribio Domínguez que sirvió en su mismo escuadrón cuando corríamos por Castilla con D. Julián Sánchez?

—Estás loco,—contestó Osorio sin poder ocultar su turbación.

—¿Y á mí tampoco me conoce V., teniente Osorio?—repuso el otro.—¿Tampoco se acuerda ya V. del subteniente Segundo Piedrahita, que peleó á su lado de V. en Alba de Tormes?

—¡Callaos, embrollones! ¿Con qué monsergas me venís ahora? Lo que hay que hacer es que os vengáis con nosotros á Cádiz y allá os arreglarán las cuentas.

Mientras esta conversación, miraban los dos caballeros y la señora á Osorio con no disimulada sorpresa, no sin gravísimo disgusto de Enrique, que no sabiendo quiénes eran los viajeros temía no fuese descubierto. Por fortuna llegaron en esto los demás trajineros, y recobrando Osorio su serenidad trató de deshacer la impresión que en un principio hubiesen podido recibir los viajeros.

—¡Hola!—exclamó al ver acercarse el grupo de sus cuatro compañeros. — Ya podéis acercaros sin cuidado.

—¡Salvador! ¡Te has portado como un hombre!—exclamó uno de los arrieros.

—¡Te has portado como un Rincón!—añadió otro. —¡Si tu tío hubiese estado en tu lugar de seguro hace como tú!

—Pues ya veis, camarás, que no ha sido ná,—respondió Osorio.

—Tanto como ná, Salvador, lo querrás decir tú, —arguyó otro arriero.—Porque me paece que un cadáver difunto y dos descalabraos rimprensentan algo... aunque tu tío Salvaor...

—¿Se llama V. Salvador?—preguntó en esto la señora.

—Para servir á Dios y á V., señora,—respondió Osorio.—Pero... si esos señores me quieren creer, lo que conviene ahora es no perder aquí el tiempo, y arrear. El camino no está seguro ni mucho menos...

—¡Oh, por favor! ¡No nos dejen Vds. hasta Cádiz!—exclamó la señora.

—Con mucho gusto, señora, la acompañaríamos, —dijo á esto uno de los arrieros,—si no fuera porque no podremos poner nuestras caballerías al paso de las mulas de ese coche. Pero si quiéen ustés ponerse á *nuestro* paso de andaúra, no hay que icir, y aquí paz y dimpués gloria.

—¿Qué estás diciendo, Teodora?—exclamó el caballero de más edad.—¿Hacer el viaje en compañía de esa gente? ¿No comprendes que eso no es posible?

—Déjela V.,—repuso el caballero joven.—La pobre está asustada y no sabe lo que se dice. ¿Verdad, Teodorita, que te has asustado mucho?

—Creo que el caso no era para menos,—respondió la interrogada;—pues, á no ser por ese caballero, quizás en estos momentos no perteneceríamos ya al mundo de los vivos.

Al oir que Teodora trataba de *caballero* al trajinante, no pudieron menos de enfadarse los dos señores.

—Ciertamente que ese buen mozo,—dijo el señor joven,—se ha portado como un héroe, y por lo mismo no dejaremos de pagarle bien el favor que nos ha hecho. Ea, muchacho, acepte V. ese bolsillo para echar un trago á nuestra salud.

Y diciendo esto alargó una bolsa á Enrique, cuyo rostro palideció bajo el polvo que lo cubría.

—Gracias,— respondió bruscamente el joven.— Estoy pagado con haberos librado de la muerte. Y ahora, creedme, no perdáis más tiempo. Seguid vuestro camino, y dejadnos que sigamos el nuestro los trajineros.

—Sí, sí, tiene razón... ¿Cómo se llama V., buen hombre?—repuso el caballero quincuagenario.

—Salvador Rincón, para servir á usarcedes.

—Pues tiene razón Salvadorcito... Cochero, al pescante, y á Écija al trote largo. Adiós, amigos. Si necesitáis algo en Cádiz os serviré con mucho gusto. Basta que preguntéis por D. Felipe Figueroa, presidente de la Real Junta de Comercio, y todo el mundo os dará razón de mi casa.

—Gracias, y vayan Vds. con Dios, señores,—respondieron los trajinantes.

El coche se alejó en breve, y los arrieros se dispusieron á emprender nuevamente el camino, arreglando de nuevo los tiros, que durante su ausencia y al ruido de los trabucazos se habían enredado algún tanto.

VI

—¿Y qué hacemos con los heridos?— preguntó Osorio á sus compañeros así que se disponían á arrear.

—Pues no hay más que rematarlos,—respondió el arriero que había prestado el trabuco al valiente libertador de la familia gaditana.

—¡Quita, hombre! Eso sería una barbaridad,—replicó otro.—O los dejamos aquí, y que se curen como puedan, ó nos los llevamos con nosotros, y al llegar á Écija los entregamos al corregidor.

—Por mi parte, allá se las compongan,—dijo Osorio.—Yo les dejaría aquí. Les daremos un poco de vino y aceite y unos cuantos trapos para que se curen, y Dios se la depare buena.

—Bueno, corriente,—dijeron los arrieros.—Pues que se queden ahí.

Uno de los trajinantes sacó del carro una redoma de aceite y la entregó á Osorio, que á su vez desprendió un pellejo de vino que iba colgado en el interior del carro y un vaso de hoja de lata que rodaba por la bolsa de las provisiones.

—Comenzad á andar, que ya os alcanzaré,—dijo el joven.—Voy á ésos.

—Pues nos vamos,—dijeron los trajinantes.—Por el camino nos encontrarás.

Osorio, con la mayor tranquilidad, mezcló en el vaso vino y aceite, y dirigiéndose á uno de los heridos dijo:

—¿Dónde le duele á V.?

—En esta pierna izquierda, y en salva la parte, mi teniente. Me ha fastidiado V., como hay Dios...

—Si hubiese V. podido tener la lengua delante de aquellos señores me hubiera hecho V. un gran favor, D. Segundo. Pero ¿cómo está V. haciendo ahora esta mala vida?

—Pues es muy fácil: después que se acabó la guerra nos dijeron que iban á darnos el oro y el moro si nos manteníamos fieles al rey; juramos que lo haríamos así; nos enviaron á mí y á Toribio á Algeciras, y como nos convencimos de que se quería matarnos de hambre, desertamos y formamos en la partida del pobre Juancho, á quien acaba V. de matar.

—Pero ¿no podían tomar Vds. un poco de paciencia?

—Verá V., teniente Osorio: antes de darnos estos consejos, sería preciso que esa paciencia que dice la hubiese tomado V. también, porque no parece que esté V. tampoco en la filas.

—Mi caso es diferente, y nada os importa el traje que yo visto, además de que ignoráis si sigo perteneciendo ó no á la milicia. Pero, vamos: á ver cómo curamos eso.

Mostró D. Segundo Piedrahita las partes lastimadas; hizo la primera cura Osorio con paternal esmero, y, una vez despachado aquél, dijo:

—¿Y V., sargento Domínguez, qué se trae?

—Pues á mí ha tenido V. la gracia de llenarme

de dados de plomo todas las espaldas. ¡Cómo pesan, rediós!

—Espere V. Ya lo curaremos.

Con gran trabajo pudo despojar Osorio de su marsellés á Domínguez, en cuya tarea le ayudó el ex subteniente, y, previo reconocimiento de las heridas, procedió asimismo á la cura con no menor cuidado que con el anterior.

—Eso se gana uno yendo por esos mundos,—exclamó filosóficamente el ex sargento.—En fin: no hay más que hablar.

—Pero ¿qué ibais á hacer con esos pobres viajeros?—preguntó Osorio.

—Nada malo: créalo V., teniente.—Les hubiéramos puestos á la sombra, hubiéramos escrito á su familia que aflojasen la mosca, y al recibir el dinero les hubiéramos soltado tan bonitamente.

—¡Qué horror! ¡Y eso pueden hacer dos valientes militares!

—Pues militares somos casi todos los que nos dedicamos á la noble profesión de aliviar al prójimo de lo que le sobra. ¡Si viera V., pongo por caso, la partida de Melchor! Son allí más de ciento, y no hay allí quien no haya servido en las guerrillas. Hay que buscársela por alguna parte, teniente.

—¡Antes la muerte! ¡Deshonráis el uniforme que habéis vestido!

—Oiga V., teniente: quien empieza por deshonrarlo es el rey. Sí, señor: el rey, que obliga á los generales, á los brigadieres, á jefes y oficiales á salir de noche á pordiosear, á pedir un pedazo de pan por el amor de Dios. Vale más robar que no hacer eso. Al fin y al cabo, robando no hacemos más que lo que hacen los ministros, los covachuelistas y todo bicho viviente. Lo que hay es que nosotros exponemos el pellejo, como queda probado, y ellos se están en sus oficinas muy tranquilos y con toda comodidad. Además de que no parece que al gobierno le interese mucho que campemos por nuestros respetos, pues en honor á la verdad nos dejan estar quietos y nadie se mete con nosotros, como no sean los escopeteros que llevan de escolta los viajeros ingleses, ó algún arriero como V., que así es arriero, la verdad sea dicha, como la madre que me parió.

—Eso no os importa nada,—respondió Osorio.—Y ahora, arreglaos como podáis, pues no he de estarme aquí hasta que venga alguien por vosotros.

—Teniente, de todas maneras gracias por el favor. Si nos ha herido V., ha hecho lo que debía, y con curarnos ha hecho más de lo que otro cualquiera hubiese hecho. Si algún día podemos devolverle á V. esta merced, no dejaremos de hacerlo.

—Gracias. No pienso que hayamos de volvernos á ver hasta el valle de Josafat.

—¡Quién sabe!—respondió Piedrahita.

Enrique hizo un ligero signo de cabeza, como para despedirse de sus antiguos subordinados, y al poco se reunió con los trajinantes, llegando todo el mundo sano y salvo á Écija al mediodía.

VII

Mucho había molestado al teniente la revelación de los dos bandidos al pronunciar su verdadero nombre delante de D. Felipe de Figueroa, su hija y su yerno, D. Santiago Lopez, fiscal de la *Comisión* encargada de juzgar en Cádiz los delitos de conspiración contra la monarquía absoluta, igual en su esencia á la que presidía en Madrid el general Arteaga. Y eso que Osorio ignoraba que el caballero joven á quien había salvado quizás la existencia desempeñara aquel horrible oficio.

Quiso la casualidad que al llegar á Écija parasen los arrieros en la misma posada en que habían hecho alto los viajeros, en vista de lo cual tomó Osorio todo género de precauciones para que los importunos no pudiesen toparse con él. Retiróse, pues, al fondo de una cuadra, y allí permaneció todo el tiempo que duró la parada. Sin embargo, aun hasta allí hubo de perseguirle la fatalidad. Envuelto en su manta y echado sobre unas jalmas se hallaba nuestro hombre, cuando vió aparecer ante sus ojos á Teodora, elegantemente vestida.

—¡Por fin!—exclamó la joven.—¡A V. iba buscando!

—¡A mí!—repuso Osorio, levantándose y saludando con una gentil reverencia á la bella viajera.

—Sí: he visto que se encontraba V. en este parador y no he querido continuar el camino sin darle á V. nuevamente las gracias, caballero Osorio.

Estremecióse Enrique y repuso:

—Señora, le han engañado á V. aquellos hombres.

—Puede que sí; pero no se enfade V. si me siento halagada por la equivocación y persisto en ella. Caballero, ruego á V. acepte este humilde recuer-

do de una mujer que habrá de estarle á V. eternamente agradecida.

Y, diciendo esto, puso Teodora una preciosa sortija de esmeraldas en manos de Enrique.

—Señora,—exclamó éste,—agradezco infinitamente su bondad, por más que no merece la pena lo que hice.

—Esa sortija le recordará á V. que hay una persona dispuesta en toda ocasión á interesarse por V., si nunca lo necesitase.

—Gracias, señora.

—¿Va V. á Cádiz, aunque sea indiscreta la pregunta?

—Sí, señora: es mi oficio.

—¡Ya! ¿Y se volverá V. pronto á Madrid?

—En cuanto haya encontrado carga, que me parece será cosa de pocos días.

—Entonces, muy probable que nos veamos por allá.

—Es posible, señora.

—Y si no fuese abusar de su bondad, caballero, tendría á mucha honra se acordase V. de dejarse ver por mi casa. Con preguntar por D. Felipe de Figueroa, todo el mundo le dará razón. Calle de San Francisco.

—Si tengo vagar, señora, no dejaré de hacerlo.

—Hasta entonces, pues. Mi marido y mi padre ignoran que haya yo venido á verle á V., y por lo mismo... Pero yo deseaba hacerle á V. presente mi agradecimiento.

—Señora, no lo sabrá nadie por mí.

Teodora lanzó una desconcertadora mirada á Osorio y desapareció por la estrecha y lóbrega escalera por donde había bajado á la cuadra.

Osorio, sin salir de su asombro, miró la sortija y murmuró:

—¿Qué me querrá esa hembra?

Poco después oíase el ruido de la silla de posta en que iban D. Felipe, su hija y su yerno, y al cabo de dos horas emprendían de nuevo la marcha los trajinantes, ignorantes de la singular aventura de su valiente compañero.

CAPITULO XI

Morillo

I

Dos días después del encuentro con los bandidos llegaban á Cádiz los trajineros madrileños, siendo saludada con alborozo su llegada, pues escaseaban en la isla los garbanzos y perdía *la olla* uno de sus principales atractivos y el más característico de sus castizos atributos.

Salvador Rincón se fué con su carro á un almacén de la calle de Isabel *la Católica,* donde iba destinada toda la carga, cobró el dinero y enderezóse en seguida con el vehículo al parador de la Luna, donde debía entregarlo á un trajinante, avisado previamente, que debía volverse á Madrid con el carro cargado de géneros ingleses. En estas operaciones invirtió Osorio todo el día. Libre ya de tal linaje de cuidados, fué á alojarse en un mesón de la plaza de Gaspar del Pino, y después de lavarse y arreglarse, sin cambiar por eso su traje, fué á avistarse con D. Juan Whitehead, que habitaba una magnífica casa de la calle de Posadilla.

Por más que cerrados los escritorios fuese un tanto intempestiva la hora para recibir á un arriero, D. Juan le acogió al momento, suponiendo que no debería tratarse de ninguna vulgar conversación de tráfico.

Al primer golpe de vista comprendió Whitehead que no se las había con ningún arriero de verdad, como tampoco intentó Osorio darse por tal, según la cumplida cortesía con que le saludó, rogándole acto continuo perdonara su importunidad.

—¿Viene V. de Madrid?—le preguntó D. Juan.

—Sí, señor: de allá he llegado hoy, con esta carta para V.

—¡Oh! ¡Carta de D. Julián!—exclamó con grandes muestras de satisfacción D. Juan, al fijarse en el carácter de letra del sobrescrito.—¡Oh! Siéntese V., amigo mío.

D. Juan se apresuró á desdoblar el pliego, que, como hemos dicho, no estaba cerrado, y leyó rápidamente el contenido, á favor de la araña que ardía en medio del salón.

—¡Oh! Muy bien, muy bien, Sr. Osorio. ¿Y qué empresas son las que le traen á V. por aquí?

—Señor D. Juan, puede que el intento sea muy superior á mis escasas fuerzas. Se trata de convencer al general Morillo de que no oponga obstáculos á que el ejército que se está reuniendo en el Puerto de Santa María proclame la Constitución.

—¡Ya!

—Tengo poderes para ofrecerle 20,000 duros al contado y formal promesa de diez veces más si se necesitan.

—El general no está mal dispuesto: esa es la verdad; pero ¡es tan ordenancista!...

—No se trata de faltar á la ordenanza, sino des-

hacer el crimen que se cometió faltando precisa- para mandar la escolta de caballería que acompañó á D. Fernando durante su viaje de Valencia á Madrid fué preciso echar mano de un inglés, de Santiago Wittingham, ese comerciante de Mahón, improvisado general por la Regencia. En esta parte hay que darles la razón á los generales españoles. Ninguno quiso secundar la felonía de Elío y Eguía, habiendo sido precisas las promesas hechas posteriormente para que se avinieran á reconocer la nueva situación.

—Por desgracia, Sr. D. Juan, pocos son los que han dejado de reconocer eso que V. dice.

—Flaquezas humanas, amigo mío.

—¿Y cree V. que el general Morillo no se halla mal dispuesto?

—Tengo motivos para creerlo así. Sin embargo, habrá que ir con mucho cuidado en lo que se le habla, pues es hombre arrebatado, y no sería muy envidiable la suerte del que incurriera en su enojo. ¿Es V. militar?

—Por desgracia no lo soy ya. Un triste incidente me tiene separado del servicio.

—Y ¿qué incidente fué ése, si no pecara de indiscreto en mi pregunta?

Enrique refirió brevemente lo ocurrido, leyendo en el rostro de D. Juan la más noble indignación á medida que iba refiriéndole los hechos que sucedieron á la detención de fray Casales.

—Lo que V. hizo es lo único que cabía dignamente hacer,—exclamó con acaloramiento D. Juan.—¡Arrodillarse á los pies de un fraile criminal! ¡Oh! ¡Nunca! Pero veo que si tuvo V. al rey en contra suya, pudo más esa señorita, que halló manera de amansar como un cordero al fierísimo león de las Españas.

Era tan simpático D. Juan Whitehead y con tan paternal bondad acogía á Osorio, que éste, de pronto, hubo de exclamar:

—A propósito de hembras... Va V. á perdonarme, D. Juan, que me separe del principal objeto que me ha traído á su casa, para preguntarle algo sobre cierta gaditana.

—Diga V., diga V., amigo. Comprendo perfectamente el juego, y sólo extraño que al entrar V. en Cádiz y enseñar el pasaporte no le hayan detenido. Esa D.ª Teodora es de la misma piel del diablo, amigo Osorio, y conviene se aleje V. de ella como se alejaría de una hondísima sima en la cual corriese peligro de caer. La señora es ambiciosa como ella sola, y todo su afán se reduce á figurar en la corte, á cuyo efecto no hay intriga que deje de fraguar para que se luzca su marido y le den un ascensito que le permita realizar su dorado sueño de trasladarse á Madrid. Teodora nació allí, y es natural que suspira por volver y sobre todo por ocupar la envidiable situación que en vida de su padre, gran paniaguado del marqués Caballero en tiempo de Carlos IV.

—¡Cuánta falsedad, Sr. D. Juan! ¡Jamás hubiera presumido que pudiera abrigar un alma semejante aquella señora que parece un dechado de sinceridad y espejo de buenos sentimientos!

—¡Tate, tate, amigo!—replicó D. Juan.—¡Cuán equivocado anda V.! Pero esto mismo me proporciona el placer de poderle ser útil desde luego, advirtiéndole de lo peligroso que es acercarse á Teodora. Así, pues, mucho ojo con ella.

—Descanse V. tranquilo, D. Juan, aunque de todas maneras no obedecía mi pregunta sino á un simple movimiento de curiosidad, y en manera alguna á la más remota intención de visitar á esa señora.

—Sí, sí, amigo mío: no se fíe V., y como es fácil que ella le haya enterado á su marido de todo lo que le dijo á V., hará V. bien en andar muy precavido para que no le echen mano. Déjese V. ver poco... ó nada. En cuanto á su presentación, ¿de qué pretexto va V. á valerse para poder llegar hasta el general Morillo?

—Le pediré audiencia en nombre de un desconocido, amigo de España.

—Con lo cual sólo conseguirá V. que le metan preso. Y como tampoco puede V. emplear su verdadero nombre por ser el de un oficial fugitivo, vea V. cuán imposible va á serle á V. realizar su intento si no acudimos otros en su auxilio.

—Gracias, gracias, Sr. D. Juan. ¿Conque V. me ayudará?

—Sin duda: preséntese V. á Morillo bajo el nombre de Salvador Rincón, diciendo al ayudante que va allí de mi parte. Con eso tendrá V. entrada en seguida, y, ya una vez con él, allá Vds.

—Nunca podré pagar á V. lo que hace por mí, Sr. D. Juan.

Aquí cesó la conversación. Whitehead acompañó á Osorio hasta la puerta de la calle reiterándole sus amistosos consejos, y nuestro héroe regresó á la posada, dejando para el día siguiente las demás visitas.

II

Cerró la noche, y salió Osorio del parador de la Luna para visitar á los Sres. Creagh y Ramírez de la Piedra, como también al marqués de Guadiel, todos los cuales le hicieron iguales ofrecimientos que Whitehead, si bien con ninguno de ellos se espontaneó respecto á Teodora como lo hiciera la noche antes con D. Juan.

Autorizado, pues, para manifestarse enviado por cualquiera de aquellos cuatro señores, resolvió presentarse en seguida al general Morillo, á cuyo objeto salió al día siguiente para el Puerto de Santa María donde se encontraba aquel ilustre militar.

No le pareció bien á Osorio llegar ante el general con su disfraz de trajinante, y de común acuerdo con D. Juan Whitehead vistióse en casa de éste un elegante traje de caballero, á prevención de volver á usar de nuevo, á su regreso, las humildes prendas con que se había presentado en Cádiz.

Salió de Cádiz Enrique Osorio, y durante el camino de Cádiz al Puerto de Santa María sintió pesar sobre su ánimo una responsabilidad en que jamás hasta entonces había tenido que preocuparse. Mil encontrados sentimientos reñían terrible lucha en su corazón; y, por más que obrase movido por los impulsos del amor (pues, á decir verdad, el caluroso entusiasmo de Lucrecia por la libertad no había conseguido hacer mella en su ánimo), sobreponíase á ellos el hábito de la disciplina. Ni aun la consideración del ultraje que al honor de Lucrecia intentara inferir el monarca bastaba á encenderle en apetitos de venganza. Una herencia de diez siglos de idolatría monárquica le tenía como cohibido. El malestar que experimentaba era indecible, y sentía como un remordimiento al ir á proponer á Morillo que sublevase las tropas contra el rey. Terribles fueron aquellas horas de angustia; una suerte de cansancio se había apoderado de su ser, y abstraído, reconcentrado en su interior, cayó en una especie de letargo, durante el cual veía á D.ª Teodora que, sonriéndole y acercándose á él acaba de arrojarle al cuello un nudo corredizo con el cual le estrangulaba suavemente.

Impacientábase Osorio con aquella visión, que no podía apartar de sí. Pugnaba por despertar y no podía. A los sufrimientos engendrados por aquella pesadilla agregábase la impresión siniestra que producía en él la espantosa furia del Atlántico, que, azotado por impetuoso vendaval, se levantaba en negras olas que iban á estrellarse con estruendo casi á tocar con la carretera por donde rodaba el coche que le conducía. Semejante á la voz de Dios, irritado y justiciero, parecíale que aquella deshecha tempestad era un aviso del cielo, que le mostraba así la enormidad del pecado que iba á cometer. Todo aparecía negro, confuso, sombrío. La imagen de Lucrecia desaparecía tras de espesas nubes y sólo se destacaba rodeada de resplandores verduscos, como los de la esmeralda de la sortija que llevaba en el dedo, la silueta de Teodora, burlona, misteriosa, cual cruel esfinge en cuya alma fuese imposible penetrar.

El pobre oficial veía allá en lontananza una claridad distinta apenas: era la claridad de sus tiempos heroicos, cuando se coronaba de gloria en Alba de Tormes, cuando hacía prisionero al abanderado del 4.º regimiento de lanceros polacos, cuando se encontraba en los Arapiles, cuando entraba triunfador en Tolosa de Francia. A aquella claridad habían sucedido lúgubres tinieblas; al virginal azul del cielo de su gloria sucedieron los rojizos reflejos del amor de Lucrecia, cuyos arrebatos revolucionarios eran extraños á su naturaleza y no llegaba á comprender bien. Lucrecia le dominaba; pero lejos de ella sentía que desfallecía su resolución. Sin duda había nacido para subordinado, no para tomar la iniciativa en nada. Una fatiga indecible, un cansancio desconocido hasta entonces para él, le tenía como enervado. Profundizando en su interior en cuanto era posible á su temperamento, poco hecho para las complicaciones del alma, descubrió con es-

panto que obraba contra su voluntad. Mas ¿qué hacer? Retroceder era ya imposible. Tenía empeñada su palabra, estaba comprometido su honor... Luchó. Apareciósele D. Julián Palomeque, animándole con su bonachona sonrisa; pero surgió al punto la imagen de Teodora, tan seductora, tan incitante. El coche se detuvo bruscamente, y Enrique Osorio se encontró delante de un gran portal, á cada lado del cual había una garita donde estaban de centinela dos granaderos del regimiento del Rey. Osorio se estremeció: sin duda debía estar sumamente pálido, se dijo interiormente. Bajó del coche; el centinela llamó al cabo de guardia; éste le dió permiso para pasar. Osorio penetró en el alojamiento del general. Subió las escaleras sintiendo que la cabeza le daba vueltas. Un desesperado llamamiento á todas sus energías le devolvió la serenidad. Por un extraño recuerdo de sus años infantiles, el teniente murmuró involuntariamente: *Alea jacta est.* Parecióle que era otro. Acercóse á un ayudante y le dijo:

—Desearía ver al excelentísimo señor general Morillo.

—¿Su nombre de V.?

—Salvador Rincón.

—¿Qué le quiere V.?

—He de hablarle al señor general de algunos asuntos que le interesarán. Sírvase V. decirle que desea verle una persona que viene recomendada por D. Juan Whitehead.

—Espere V. aquí.

El edecán entró en el despacho de Morillo y salió al poco tiempo diciendo:

—Puede V. pasar.

III

Enrique Osorio penetró con paso firme en el salón, viendo sentado á una mesa cargada de papeles al general Morillo.

Era Morillo joven aún, de fiero rostro y bruscos modales. Miró al recien llegado, que le saludó con marcial desembarazo, y mirándolo fijamente exclamó:

—¿No estuvo V. en Francia conmigo?

—Cúpome ese honor, mi general. Quizás se acordará V. del teniente Osorio, que servía en caballería á las órdenes de D. Julián Sánchez.

—¿Y ha dejado V. el servicio?

—Mi general, debí hacerlo por razones particulares.

—Bueno. ¿Y qué se le ofrece á V.? ¿Me han dicho que viene V. de parte de D. Juan Witehead?

—Sí, mi general.

—Pues... diga V.,—repuso Morillo con impaciencia.

—Mi general, he venido aquí enviado por personas del más acrisolado patriotismo. Al escucharme á mí, no va, pues, á escuchar V. E. mi humilde voz, sino la voz de importantísimos elementos de la sociedad que no pueden consentir que por más tiempo se tenga á España en el estado de postración á que la tiene reducida un gobierno inmoral y usurpador.

Morillo permaneció impasible, é hizo con la cabeza un ligero signo para que continuara Osorio.

—Las personas que me envían,—prosiguió Osorio, admirado interiormente de su facundia,—creen que de V. E., y tan solamente de V. E., depende la salvación de España. En toda la nación puede decirse que no hay otros soldados que los que tiene V. E. á sus órdenes: el resto, más que un ejército, es un lastimoso tropel de desventurados seres sin abrigo, sin alimento, sin hogar siquiera. Todo el oro del país va á parar á manos de villanos ministros y de empleados mil veces peores que los bandoleros que devastan las campiñas, mientras se tiene reducido al ejército á la más afrentosa miseria. Generales que han conducido á sus tropas á la victoria, tienen que salir de noche á mendigar de puerta en puerta el sustento para sus familias, mientras unos cuantos espadones que jamás han oído el silbido de una bala se ven rodeados de placeres é insultan al país con sus escándalos. España sólo puede esperar su salvación del ejército, y el ejército lo espera todo de V. E. No pedimos á V. E. que haga: sólo le pedimos que deje hacer.

Morillo no dió la menor señal que pudiese revelar lo que pensaba, limitándose á decir:

—Siga V.

—Las personas que me envían, mi general, han previsto todas las dificultades que pudieran oponerse á la realización del noble propósito que he tenido el honor de manifestar á V. E. Es posible que haya en algún cuerpo determinados oficiales que repugnen adhesión al grito de *¡Viva la Constitución!*, y á este objeto, estoy facultado para facilitar á V. E. acto seguido una suma respetable (veinte mil pesos),

por más que si se necesitara al momento tendría V. E. diez veces más. Estas sumas, destinadas á sufragar cualquier gasto que pudiese motivar el comportamiento de dichos oficiales, están á su disposición de V. E.

Morillo pareció reflexionar, y al cabo de un rato dijo:

—Esas personas que le envían á V. se han olvidado de pensar que esos diez mil hombres que tengo á mis órdenes han de embarcarse para Venezuela á fin de conservar para España aquel rico país, que amenaza con írsenos de las manos.

—Mi general,—replicó Osorio,—esas personas creen que dado el fatal estado á que se ven reducidas las tropas, faltas de armamento, de vestuario, de víveres y de todo lo que necesita un ejército, podrán ser de muy poca utilidad, á pesar del talento militar de su caudillo, y más dirigiéndolos á Venezuela, el punto menos vulnerable de la rebelde América.

—Es lo que sostienen D. Juan Whitehead y el marqués de Guadiel,—repuso fríamente Morillo;—y aun que yo no digo que les falte razón, parecería que de no obedecer las órdenes que tengo recibidas rehuía yo peligros que jamás he esquivado en mi carrera.

—Es imposible, tratándose de V. E., que jamás pueda acudir á la imaginación de nadie poner en duda su reputación, probada en cien combates. Además de que tratándose de un movimiento brevísimo como sería el de restablecer la Constitución, podría luego V. E. embarcarse para América con la gloria de haber sido el restaurador de la libertad española, aureola que le granjearía la estimación de los rebeldes y motivaría quizás que depusiesen las armas.

—Todo eso he pensado ya,—dijo Morillo;—pero es tan grave lo que quieren *ustedes* que haga yo, que no me es posible dar una contestación categórica, escuchando tan sólo á los que me vienen de una parte, sin escuchar también á los que pueden venirme de la parte contraria. Conque, señor mío, yo haré por que sepa V. lo que decido, sin necesidad de que se presente V. de nuevo.

—Mi general, espero, en bien de mi patria, que sea la respuesta de V. E. tal como la desean todos cuantos anhelan la felicidad de la nación.

—Veremos,—respondió Morillo.

Osorio, viendo que el general no estaba dispuesto á oir más, saludóle con el mismo gesto militar que antes, y salió de la estancia.

IV

Parecióle á Enrique durante el regreso del Puerto á Cádiz que había sido sueño su entrevista con Morillo, no comprendiendo cómo había podido encontrar palabras con que exponerle la pretensión que le había llevado á su presencia, pues, á la verdad, no era grande el entusiasmo que hacia la libertad sentía el buen teniente. Sin duda el espíritu de Lucrecia se había infiltrado en su cabeza como un duendecillo y le había hecho pronunciar aquellas palabras, ajenas por completo á su habitual conversación. Sea como fuere, sintióse libre de un enorme peso; había hecho todo cuanto había podido, y echaba ya á Morillo toda la responsabilidad de lo que suceder pudiera.

Había que esperar ahora la resolución que tomaría el general, no pudiendo regresar á Madrid hasta saberlo, y hé aquí lo que le pesaba ahora, pues contentísimo con haber desempeñado ya su cometido, anhelaba volver al lado de Lucrecia, que sin duda habría de agradecerle infinito sus buenos oficios en pro del restablecimiento de la Constitución.

¿Por quién sabría lo que el general resolvía definitivamente? Sin duda por D. Juan Witehead ó por el marqués de Guadiel, de quienes había hablado el héroe de Sampayo y de Tolosa. Ellos le participarían, pues, lo que Morillo acordase.

En tales reflexiones preocupado, llegó á Cádiz Enrique Osorio, cuando al pasar por la calle de San Francisco cruzóse un coche con una calesa en la que iba una hermosísima señora, á quien hubo involuntariamente de mirar el joven, reconociendo con sorpresa mezclada de espanto á Teodora, á la bella viajera á quien salvara de la brutalidad de los bandidos.

La seductora esposa de D. Santiago López envió al joven una enloquecedora sonrisa y le saludó con su abanico, dirigiéndole al paso como una amable amenaza, que Osorio tradujo por inequívoco resentimiento á causa de no haberla visitado.

Honda turbación sintió el amante de Lucrecia al proseguir el coche su camino. Habíale puesto en guardia D. Juan Whitehead contra las asechanzas

de la pérfida sirena; pero por más que se empeñara en creer que D. Juan hablaba como un libro, ello es que la admiración que sentía hacia la hermosura de Teodora conseguía sobreponerse á los temores de caer en las redes de la intrigante madrileña.

Triunfó, sin embargo, la voz de la cordura: Osorio continuó su ruta y bajó á la puerta de D. Juan, á quien encontró vivamente agitado, en espera de su vuelta.

V

Enteró Osorio á Whitehead de la conversación tenida con Morillo, y no pudo el comerciante ocultar la satisfacción que le produjo.

—Esto es hecho,—murmuraba.—Usted, con su franqueza, ha hecho más en cinco minutos que nosotros en dos meses. Bien se ve que es V. un joven resuelto y animado de los más liberales sentimientos. Es lo que hacía falta en nuestro partido. Todos estamos como asustados, por más que haya motivo de sobras para ello. Como que se llevaron preso á Madrid á medio ayuntamiento de Cádiz. En fin, ya verá V. como Morillo se decide á dar el grito. ¡Cuánto tendrá que agradecerle á V. la nación, amigo mío! Por mi parte, crea V. que le felicito, y felicitaré también á Palomeque por su excelente acuerdo en enviar aquí á tan inteligente emisario.

De nuevas le venían ciertamente á Osorio aquellas alabanzas, pero dejó decir al excelente Whitehead, excusándose mentalmente de ser acreedor á las felicitaciones que le prodigaban.

—Veremos, pues, lo que decide el general,—prosiguió, y antes nos debemos á España que á nosotros.

—Cabalmente eso mismo hace nuestro amigo,—dijo Whitehead.

La reunión se prolongó hasta media hora, resultando, al fin y al postre, que los conspiradores pasaron revista á todo lo que habían dicho, hecho y pensado desde que comenzaron sus trabajos, por manera que Osorio hubiera podido escribir con todos sus pormenores la historia de aquel complot revolucionario.

tés. En fin, ya podrá V. verlo y conocerlo cuando, triunfantes nuestras ideas y hecho V. todo un coronel ó general, se venga á pasar aquí unos días.

—Jamás olvidaré los lazos de gratitud que á Cádiz me ligan, Sr. D. Juan.

—Gracias, amigo mío. Y ahora, valiéndome de los fueros que me conceden mis canas, me permitiré aconsejar á V. nuevamente que vaya con mucho cuidado y no se fíe de nadie. Aunque no tengo motivos en que fundar mi presunción, no puedo quitarme de la cabeza que han de vigilarle á V. los enemigos de la libertad, ó, hablando en plata, el Sr. D. Santiago López y su temible esposa doña Teodora.

—De fijo de que no se han acordado más de mí,—dijo Osorio.

—No lo crea V. Por lo mismo, no se deje V. ver: quieto en su posada, y así que sepamos la contestación del general, á Madrid.

—Así lo haré, Sr. D. Juan.

Iba á despedirse Enrique cuando D. Juan exclamó:

—¡Pero, amigo! ¿Se olvida V. del incógnito? Es preciso que vuelva V. á la posada hecho un Salvador Rincón, arriero, sobrino de su tío. ¡Buena la iba V. á hacer con que le hubiesen visto convertido en galancete!

—Tiene V. razón... ¡Qué cabeza!—respondió el joven, dominando la contrariedad que le había producido la observación de D. Juan.

Retiróse, pues, Osorio para cambiar de traje, y, entrando de nuevo en el despacho de D. Juan, despidióse de él afectuosamente, quedando en que ya [illegible] mullos de su conciencia, se echó á la calle, dirigiéndose á buen paso hacia el paseo del Perejil.

Hallábase á la sazón solitario aquel sitio, pero no tardó Enrique en ver aparecer una sombra que se acercaba á él, reconociendo en seguida á Teodora, que, envuelta en la airosa mantilla y con un traje morado oscuro, exhalaba de su persona un perfume que no contribuyó poco á trastornarle la cabeza al galán.

—Caballero,—exclamó la bella.

—Señora,—repuso Osorio, verdaderamente atolondrado.—¡Cuanta dicha!

—Gracias: es V. muy amable,—respondió ella continuando la marcha con mucha lentitud,—pero no vale la pena de que conceda V. extraordinaria importancia á esta entrevista. Tenía vehementes deseos de dar un paseo por el mar, y como mi marido se ha opuesto siempre á concederme este gusto, nada más natural que aprovechar su ausencia para realizar una inocente escapatoria. ¿Y con quién mejor que con una persona tan digna como V., mi valiente Salvador?

—Por Dios, señora, no recuerde V. nuevamente aquel insignificante favor; pero, aunque hubiese sido de otra suerte importante, quedaría más que excesivamente recompensado con el honor que se ha servido V. dispensarme al acordarse de mí para servirle de acompañante en su paseo por la bahía.

—Sí: pensé en seguida en V., lo confieso. ¡Ay, amigo mío! ¡Tiene una tan poca confianza en las personas que le rodean! No sabe V. qué vida tan amarga estoy llevando siendo constante objeto de las más villanas calumnias. ¡Cuán desgraciada soy, Dios mío!

—¿Usted desgraciada, señora?—contestó Osorio. —Jamás hubiera podido imaginarlo.

—No es de extrañar. Me conoce V. apenas...

—Sin embargo, ¿cómo puede ser desgraciada una mujer como V.?

—¿Qué tengo yo para no poder serlo?

—Tan hermosa...

—Galantería con que V. quiere envanecerme.

—No: es la verdad. Tan buena...

—Eso lo puedo aceptar, pero si oyera V. á los demás...

—Mas ¿quién podría atreverse á poner en duda su bondad?

—Por triste que sea tener que confesarlo, todos menos V., comenzando por mi esposo.

—¡Por su esposo!

—Esa ha sido mi desventura mayor. Haberme unido con un hombre á quien no puedo amar, y á quien, si jamás hubiese amado, tendría que aborrecer.

—¡Qué escucho!

—¡Oh! ¡Si V. supiese cuánto sufro, amigo mío, al ver que se me quiere hacer cómplice de los horribles crímenes de mi marido!

—Pero ¿qué crímenes ha cometido jamás su señor esposo?

—Crímenes imperdonables: castigar á inocentes, perseguir á honrados españoles, servir de ciego instrumento de los villanos que tienen convertida á España en una tribu africana. Y la calumnia, propalada antes que nadie por mi esposo, quiere que yo sea tan infame como él, siendo así que á veces, á pesar de ser una débil y pobre mujer, me siento poseída de tales arrebatos que me tengo que dominar para no arrancarle la vida al miserable.

—Por Dios, señora...

—Pero, sí, tiene V. razón. Apartemos de nosotros esas negras ideas y dediquemos estas breves horas de que podemos disponer á dar esparcimiento á los nobles impulsos porque se rigen nuestros corazones.

—Sí, permítame V. que le ruegue no hablemos más de esas tristes infamias de la vida. ¿Quiere V. ir ya al embarcadero?

—Sí, amigo mío. Vamos.

Los dos interlocutores dieron la vuelta y se dirigieron al lugar dicho, junto al cual se mecían algunos botes y barcas.

—¡Eh! ¡Botero!—gritó Osorio.

—¡Señor!—contestó al momento un hombre que se encontraba en una de las embarcaciones.—¿Quiere su señoría un bote?

—Precisamente á eso veníamos,—contestó Osorio.

—Pues, entonces, estoy á disposición de sus señorías.

El botero cogió un remo y en un momento quedó la barca atracada de costado al embarcadero.

Saltó el primero Osorio, y al dar la mano á Teodora para ayudarla á bajar sintió como una conmoción eléctrica al apretón que le dió la bella.

IV

Instaláronse los pasajeros en el banco de popa, llevando Osorio el timón, y el botero se colocó en medio.

Estaba oscura la bahía: el cielo nublado. Un aire algo fresquito hacía flotar la mantilla de Teodora.

El bote se deslizaba ligeramente sobre la superficie blandamente rizada del mar. Al lado de Teodora, sintiendo rozar su cuerpo con el suyo, y aspirando aquel perfume embriagador que había

respirado ya en la alameda, no hubiera cambiado Osorio semejante sitio por la gloria celeste.

—Conque ¿le gusta á V. mucho el mar, según me decía?—exclamó ella.

—Sí, señora: extremadamente; pero nunca como en este instante.

—Es V. muy lisonjero.

—Se lo juro á V.

—¿Por dónde ha navegado V.?

—Poco he navegado: de Burdeos á Santander, después de la guerra; pero sólo por gozar del espectáculo del Océano permanecí una porción de tiempo en el litoral cantábrico, recorriendo aquellos hermosos pueblecillos.

—Afición es, en efecto.

—¿Y V. ha navegado mucho?

—Poco también: de Santander á Gijón, y luego de Valencia á Cádiz.

—Veo que ha viajado V. bastante.

—¡Qué adulador!

—¡Nada de eso!

—Vamos, que otras habrá V. conocido...

—¡Oh! ¡No!

—¿De veras?

Enrique Osorio tuvo la avilantez de responder lo siguiente:

—¡Se lo juro á V.!

Teodora repuso:

—Vamos, séame V. franco: ¿dónde se dejó V. la señora de sus pensamientos?

El ex lancero, nuevo San Pedro, contestó:

—En ninguna parte, señora.

—¿No ama V. á ninguna bella española, que piensa también en V. de noche y día?

El pérfido respondió, y era la segunda vez que negaba:

—No: se lo juro á V.

Teo[illegible] exaltación[illegible] razón de París.

[illegible] irresistible,—sólo una cosa puede interesarme en [illegible] cinco minutos que permanecía en aquel [illegible] este mundo, y es que V. me quiera.

[illegible] Amigo mío, respondió ella, [illegible] es preciso antes [illegible] za hacia una puerta al escuchar el leve roce de un [illegible] que yo me persuada de antes V. una persona [illegible] vestido que arrastraba por el encerado pavimento. [illegible] mal, y de que, al entregarle mi corazón [illegible] no arroje [illegible] Y vió á Teodora, hermosa como nunca, capaz de [illegible] al mar al mismo tiempo mi tra[illegible] nquilidad y mi ven- [illegible] nacer caer en tentación a San Antonio. [illegible] Mira, me da V. mied[illegible] o, creáid V., Sr. Osorio.

[illegible] demostrar á su visitante la altísima idea que tenía [illegible] ñora [illegible] formada de él. Vestía Teodora falda y corpiño [illegible] de —Trátase, amigo mío, de su propia seguridad. color de lila guarnecido de encajes, [illegible] ero cuyo ma- Por noticias que han llegado hasta mí, hace pocas [illegible] por adorno consistía en el [illegible] corte, que permitía ver noras se que hay orden de vigilarle a V. mucho. [illegible] el corpiño del vestid[illegible] [illegible] cano solo pudiera hacerse dueño de semejante huésped para [illegible] La hermo[illegible] a cabeza levantábase arrogante y her- instalarse en casa del Sr. Whitehead... la policía se [illegible] m[illegible] sísima sobre el cuello escultural, coronada por ha puesto sobre aviso. Paréceme, á la verdad, amigo [illegible] la abundosa y empolvada cabellera. El rostro, dul- go mío, que ha sido V. sobrado imprudente. [illegible] cérnese bañado en una nube de tristeza, aparecía —Mil gracias por su interés, señora [illegible] y aprove- [illegible] seductoramente sus ojos eran grandes y expresivos, sus cejas [illegible] aviso para no [illegible] [illegible] ver... sino de V. randales de cariño... la paz... ¡pequeñita... aspiraba... —Hará V. bien, [illegible] [illegible] ¿qué sería de ahora [illegible] palpitante el aire, y la boca, de arqueados y frescos la excepción, [illegible] labios rojos, parecía hacer esfuerzos para contener —[illegible] ¡Cómo! ¿Querría V. condenarme al tormento la salida de mil palabras de amor. De todo lo [illegible] dar horrible de no verla? resultó que Osorio no pudo comprender [illegible] [illegible] naturaleza. No sería ninguna dolor, creáid V.; pero no abri- El citado joven no encontró [illegible] [illegible] sino que al alargarle [illegible] a mano Teodora la cogió con [illegible] go, no se corte V. ¡ilusiones demasiado aceptadas... [illegible] [illegible] ndola impetuosamente á sus labios. Hoy me encuentro sola; pero al mejor día está de [illegible] urlose la dama, y sentándose en un sillón hizo regreso mi esposo, y entonces... [illegible] seña Osorio no pudo menos de sonreírse ligeramente, mas para sen- ¡Oh! ¡entonces,—exclamó Osorio, palideciendo [illegible] tarse estaba el buen salamanquino [illegible] [illegible] [illegible] hubiese visto á una mujer [illegible] como si no se hacer! [illegible] hubiese encontrado jamás en presencia de una bel- —¿Ve V.? Es V. un im[illegible] rudente. Y no obstante

V. que lo crea, sino al amigo, y aun debería decir que al hermano.

—¡Oh, sí! Puede V. hablarme como guste.

—Pues bien, amigo mío. Sería inútil todo secreto entre nosotros. Es preciso que mi marido, cuando vuelva á Cádiz, se encuentre... con que no puede entrar ó con que si entra debe ser aprendido al punto.

—No comprendo, señora,—respondió Osorio, sintiendo correr por su cuerpo un sudor frío, pues creía comprender en toda su profundidad la intención de la sirena.

—Vamos, ya ve V. como sería imposible que continuasen nuestras amistosas entrevistas. Desde el momento que no tiene V. confianza en mí, desde el momento en que participa de las villanas sospechas de que soy víctima, sería inútil continuar.

—¡Oh! ¡No, yo no abrigo ninguna sospecha de V.! ¡Por piedad, no me hable V. así!—exclamó el desventurado.

—Entonces ¿por qué dice V. que no me comprende? Se trata de que en Cádiz se proclame de nuevo el régimen constitucional, de que las tropas den el grito de *¡Viva la libertad!* y sea esta ciudad el baluarte de la ley, como lo fué de la independencia española. Y ahí tiene V. la única manera de que mi marido... no estorbe. Con hacer con él lo que él hace con los otros, se realiza un acto de justicia, y me veo yo libre de su presencia aborrecida.

—Si ese es el medio,—respondió el miserable,—puede V. entonces dar por seguro que su marido no llegará á tiempo para entrar en Cádiz.

—¡Oh amigo mío! ¡Paréceme al oirle á V. decir estas palabras que oigo una voz del cielo!

Y la seductora dama cogió una mano de Osorio, estrechándola con efusión.

—¡No volver á ver á mi marido! ¡Tenerle lejos de mí! ¡Qué más podría yo desear, Dios mío! ¡Oh, qué dicha! ¡Me parecerá imposible que pueda ser tan venturosa! ¡Bien me lo decía el corazón cuando le ví á V. en aquel horrible trance en que me salvó la vida, y lo que vale más que la vida, el honor! Sí, una voz secreta me dijo que sería V. mi salvador. ¡Bendito sea el cielo, que ha permitido que así sea!

Y Teodora, siempre con la mano de Osorio entre las suyas, parecía fascinarle con toda la magia que emplearía sin duda Cleopatra.

Perdida completamente la cabeza y sintiendo hervirle la sangre de sus venas, Enrique Osorio acercó su rostro al de la bella, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, le plantó un beso, que Teodora aguantó intrépidamente.

—¡No, no!—exclamó como loco.—No verá V. más á su marido. No llegará á tiempo: el porvenir es nuestro.

—¡Cielos! ¡Enrique!

—Sí: el día 8 del próximo noviembre proclamará el general Morillo la Constitución.

—¡Bendígale Dios! ¡Cuánta hidalguía! ¡Qué nobleza!

—Todo está preparado ya. Hay nombrada la junta que ha de instalarse en Cádiz á título de gobierno provisional.

—¡Dios quiera darle el acierto necesario! ¿Serán personas que estén á la altura de la situación?

—No puedo responder de esto por no conocerles á todos; pero, en fin, no creo que D. Juan Whitehead, el Sr. Creagh, Ramírez de la Piedra, el marqués de Guadiel, Oscariz, Llaguno, Fernández Marqués...

De pronto se detuvo Osorio, como si se sintiese embarazado para continuar. Teodora hizo como que no advertía la turbación del desdichado joven y dijo:

—Cuantas personas ha citado V. son dignísimas de ejercer el cargo para que están indicadas. Unicamente se me extraña que no figure en la junta un hombre que por todos conceptos lo merece, y es el Sr. D. Luis Soldevilla.

Palideció Osorio y dijo:

—Figura también, y si no he citado su nombre es porque...

—No diga V. más,—exclamó la dama.—¡Harto comprendo lo que iba V. á manifestarme! ¡Oh! ¡Qué infamia, Dios mío! ¡Decir que quería yo hacer servir de juguete de los planes de mi marido al señor de Soldevilla cuando jamás este honrado caballero ha podido asegurar semejante cosa! ¡El Sr. de Soldevilla infamarme á mí, que estoy identificada completamente con él! ¡Nunca pudo inventarse más odiosa calumnia! Pero de esta manera procede mi marido. Arrastra á la vez en la deshonra á su mujer y á un caballero modelo de pundonor y lealtad.

La pérfida sirena se anticipaba de esta manera á cualquier reparo que pudiese ponerle Osorio, pues sabía lo que se decía en Cádiz respecto al particular.

Creído Osorio de que se había hablado ya bastante de política, volvió á la carga.

—Ya ve V., pues,—exclamó,—que no le será posible á su esposo hacerla de nuevo víctima de sus infamias.

—Sí, sí. Ya verá V.,—repuso ella levantándose bruscamente.

—¡Cómo! ¿Se va V. ya?—exclamó ansioso Enrique.

—Sí, amigo mío. Me ha dado como un vahído. La emoción, sin duda. No puede V. figurarse cuánto le agradezco sus revelaciones. Dispénseme V., señor Osorio. No me siento bien.

Osorio, alarmado, exclamó:

—¿Quiere V. que llame?

—No, gracias, no es preciso. Perdóneme V., amigo mío.

Osorio se disponía á ofrecer su brazo á la señora para acompañarla, pero Teodora, apartándole bruscamente, exclamó:

—No se moleste V. Nos volveremos á ver mañana... aquí... á las ocho de la noche. Pero cuidado con dejarse ver demasiado por las calles.

—Gracias por su interés, Teodora, — dijo Enrique.

La señora le hizo una seña y desapareció.

Al quedar solo, el infeliz titubeó un instante sobre el partido que tomaría. No acertaba á moverse de allí. Por fin, dispúsose á salir por la puerta por donde había entrado, pero al ir á levantar el cortinaje se encontró de manos á boca con el Sr. D. Santiago López, que le dijo sonriendo:

—Vamos, que merece V. que le demos la gran cruz de Carlos III, amigo mío:

Osorio, lívido, gritó con voz ahogada:

—¡Traidores!

—¡Eh! ¡Quieto!—respondieron algunas voces.

Y Enrique se vió al momento rodeado por algunos hombres que le sujetaron fuertemente con cordeles.

III

Mientras el desdichado era conducido á las cárceles de la ciudad, la policía procedía á la detención de todas las personas cuyos nombres había revelado el miserable galán, á quienes se les hizo saber desde el primer momento que habían sido delatados por el Sr. D. Enrique Osorio.

Sin pérdida de tiempo, y á pesar de lo adelantado de la hora, partió D. Santiago López para el Puerto de Santa María, donde llegó á las diez de la noche, pidiendo ver en seguida al general Morillo.

Recibióle al momento el héroe de Sampayo y de Vitoria, en cuyo impasible rostro no se reflejaba la menor impresión.

—Mi general,—exclamó D. Santiago López,—no sé si sabrá V. que las tropas van á pronunciarse el día 8, proclamando la Constitución.

—Algo se habla de eso,—respondió Morillo;—pero no le hagan Vds. caso. Aquí estoy yo para sofocar cualquier intentona que se proyectase.

—En este caso, no tengo más que pedirle á V. perdón por haber venido á molestarle.

—Nada de eso, Sr. López. Ha hecho muy bien.

—Pues sí; y aun se llegó á decir que V. mismo iba á dar el grito.

—¡Que disparate!

—Y que estaba V. en relaciones con Whitehead y el conde de Guadiel, y, en fin, con otras personas no menos conocidas.

—¡Patarata!

—Afortunadamente, un joven, forastero aquí, un tal Osorio, lo ha descubierto todo.

—Pues hay que recompensarle bien.

—Por supuesto que se le recompensará.

—Nada, nada, duro con ellos, Sr. López.

—No pecaremos de flojos, descuide V. Pero ¡ahora que caigo en ello! ¿No sabe V. que el día 4 se celebra en Cádiz una solemne procesión en honor á San Carlos?

—No lo sabía.

—Pues sí, costeada por todos los que se precian de fieles sostenedores del trono y el altar. Sería de desear que fuéra V.

—¡Vaya si iré, Sr. López! Puede V. tenerme ya preparado el cirio.

—Con mucho gusto, mi general.

—Bien tengo que menester la protección de Dios para salir en bien de la pacificación de América, y para cuanto sea cosas de piedad aquí me tiene V.

—No era de esperar menos de sus cristianos y leales sentimientos, mi general.

—Por lo demás, y para que vea V. si son mentecatos los que propalan esas paparruchas, sepa V. que nos embarcamos el día 5. Conque, mal podría pronunciarse aquí nadie el día 8.

—Eso no tiene vuelta de hoja.

—Pero lo más gracioso es decir que iba yo á proclamar la Constitución. ¡Bonito estaría yo!

—Eso mismo nos decíamos nosotros. ¡El general Morillo liberal! ¡Quite V. allá!

—Es preciso no tener sentido común para creer eso.

—Y tanto.

—Pues gracias por el aviso, Sr. López, advirtiendo á V. que como esas cosas son muy delicadas, espero que, además de mi palabra de honor, me exigirán Vds. otras garantías de que es completamente falso lo que se propala.

—Ninguna otra garantía necesitamos, sino su categórico mentís, mi general.

—Pues lo tiene V., tan solemne como puede ser un mentís dado por Pablo Morillo.

—Basta con eso, mi general. Y, ahora, V. dispense.

—No hay de qué, mi querido Sr. López.

Despidió el general al visitante acompañándole hasta la escalera, y al volver á su despacho llamó al ayudante que se encontraba en la antesala.

—Ordóñez,—dijo,—mañana, al toque de diana, saldrá para Chiclana la caballería, para Tintilla los artilleros, y para la isla de León la reserva, acantonándose allí hasta nueva orden.

—Entendido, mi general.

—La plana mayor y el primer batallón de Asturias se embarcarán en el *San Juan Crisóstomo*, y no se permitirá bajar á nadie en tierra hasta nueva orden.

—Entendido, mi general.

—Saldrá para Granada á relevar aquella guarnición el regimiento de Irlanda, viniendo aquí Almería.

—Perfectamente, mi general.

—Extienda V. las órdenes para que pueda firmarlas en seguida.

El ayudante se retiró, y al quedar á solas, Morillo murmuró:

—Pues, señor: ellos se lo han querido. Iremos á la procesión.

Y á esto se debió que al celebrarse la procesión de San Carlos se viera concurrir á ella al general D. Pablo Morillo, llevando devotamente un cirio y rezando con edificante fervor el Santísimo Rosario.

La expedición, á causa de algunas dificultades surgidas á última hora, no pudo salir hasta principios de diciembre, y como sería injusto no decir más, precisa confesar que Morillo supo en América hacerse digno de gloriosa fama, demostrando extraordinarios talentos militares en la lucha contra Bolivar.

CAPÍTULO XIV

La garantía

I

Volvamos ya á nuestro desventurado héroe á quien dejamos en el momento de ser conducido á las cárceles de Cádiz.

Hallábase Osorio en un estado de postración extraordinaria; aturdido, poco menos que exánime, viendo el horrible abismo en cuyo fondo había ido á parar.

Aquel hombre, dechado un tiempo de pundonor y de hidalguía, veíase convertido ahora en delator asqueroso, en infame Judas, en encanallado impostor.

El recuerdo de Lucrecia le horrorizaba; espantábale el recuerdo de D. Julián Palomeque, y sentía como si le quemaran con ascuas la frente y las mejillas al pensar en Whitehead y en sus nobles amigos de Cádiz.

Hallábase Osorio en un calabozo, solo. Habíase prevenido al alcaide le tuviese incomunicado. En la misma cárcel, pero en distintos departamentos, hallábanse todos los que había Enrique delatado á Teodora.

Al día siguiente de permanecer en la cárcel presentóse en el calabozo de Osorio el Sr. D. Santiago López, acompañado de un actuario y varios alguaciles.

El desdichado ex teniente sintióse desfallecer á la vista de aquel hombre, en cuyo rostro sarcástico podía leerse el más profundo desprecio, unido á la más perversa malicia.

—Va á leérsele á V. la relación prestada por los que le oyeron confesar á V. toda la trama del complot imaginado para comprometer al señor general Morillo,—dijo D. Santiago,—y en seguida firmará V., ratificándose en la primera declaración.

Osorio, poseído de indignación, exclamó:

—No he declarado ni revelado nada á nadie: todo es una mentira inventada por su mujer de V.

—¡Cómo! ¡Miserable! ¡A ver! ¡Alcaide! Cargue V. en seguida de grillos á ese deslenguado, póngale una mordaza y déjelo á pan y agua.

—Es poco eso,—respondió Osorio.—Mejor sería que me mataran de una vez.

—Aquí no somos asesinos,—respondió D. Santiago,—y tenga cuidado el preso en no desacatar á la justicia.

—¡La justicia!—replicó Osorio.—¡Vaya una justicia representada por un infame como V. y por una mujer perdida como su Teodora, esa ninfa de los tribunales, esa garza real de los golillas!

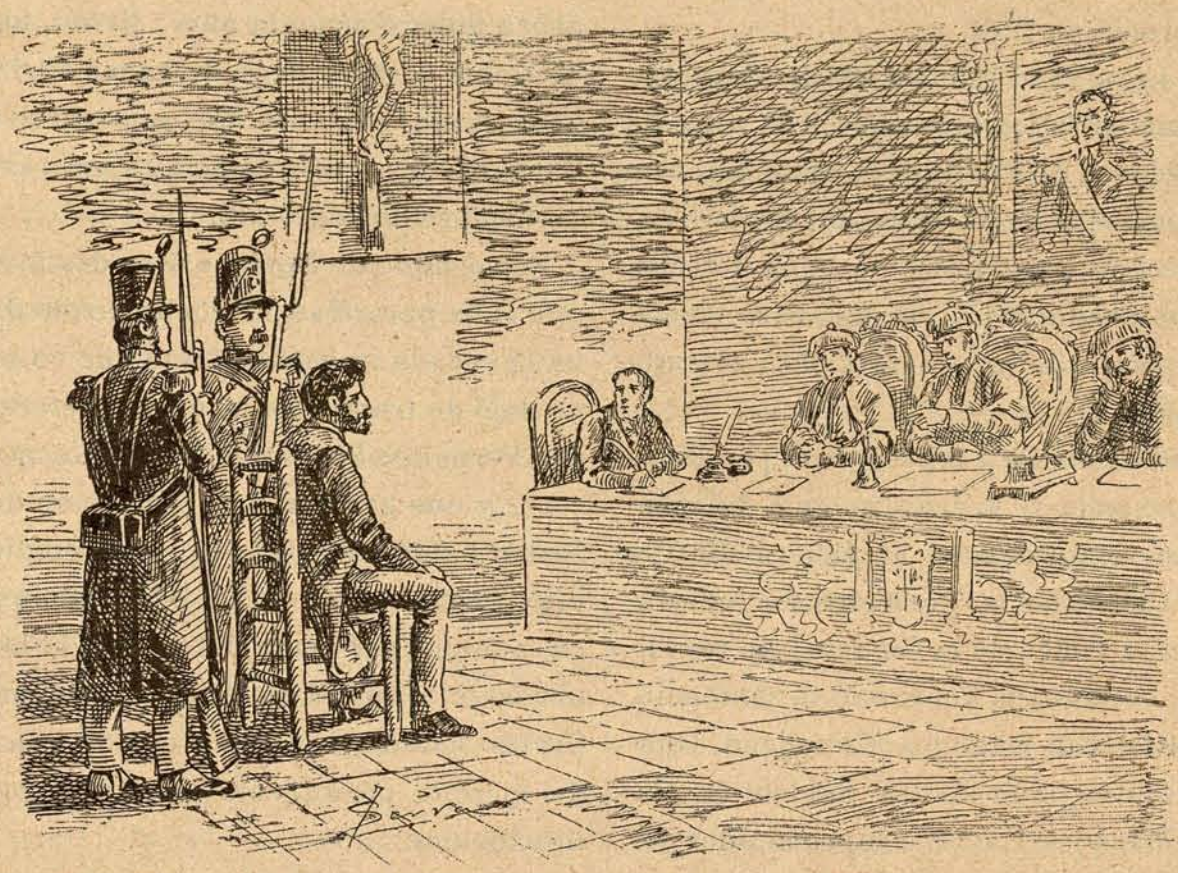
—¡Ah!—exclamó D. Santiago. Y valiéndose de que el preso estaba perfectamente sujeto con esposa, abofeteóle y dióle de puñadas hasta saciarse, pero no sin que sacara un terrible mordisco del antiguo lancero de D. Julián Sánchez.

Los alguaciles, entonces, indignados por aquel inconcebible desacato, emprendiéronla de una manera horrible contra el preso, rivalizando en el ardor con que le acoceaban y magullaban. Por fin, dejándole con el rostro ensangrentado y molido el cuerpo, se salieron.

Hubiera necesitado Osorio ser trasportado á la enfermería, pero ni había enfermería en la cárcel, ni de haberla habido se le hubiera juzgado digno de ser tratado como un ser humano.

—¡Yo te juro que te acordarás de mí en todos los días de tu vida, por más que pocos son los que te quedan!—rugió D. Santiago.

—¡Villano!—profirió Osorio.—¡Anda, anda á tu casa, y entérale á tu daifa de lo que has hecho conmigo! ¡Si yo os pudiese haber á manos! ¡¡Ladrona!!



—Cuanto dice este señor es absolutamente falso.

¡Y ladrón, y ***, y ***! ¡Tú! ¡Ladrón, ladrón, ladrón!

—¡Alcaide! Haga V. venir todos los cabos de sala que tenga V. en la cárcel y que no le dejen hasta muerto,—aulló D. Santiago.

—¡Infame! ¡Di á tu mujer que la más infame ramera es más noble y más honrada que ella!—gritó Osorio.—¡Y cuidado con que tropieces con tus cuernos cuando pases por debajo de la Puerta de Tierra!

Conviene decir ahora que los horribles denuestos que Osorio lanzaba á D. Santiago López y á su mujer no reconocían tanto por causa el odio que le inspiraban como el afán de que concluyeran pronto con su vida, que era ya para él una carga insoportable.

Poco después entraron los cabos de vara, y comenzaron su horrible faena, sin que Osorio exhalara ni el más leve suspiro. Un terrible vómito de sangre que le sobrevino puso en espanto á sus verdugos, que suspendieron el apaleamiento con las varas de fresno, á tiempo en que llegaba una orden de López mandando al alcaide que se dejara vivo al preso.

Los cabos de sala se retiraron, y el alcaide cubrió á Osorio con paños de agua y vinagre, que el desdichado no quería dejarse aplicar.

II

Tres días después se comunicaba á Osorio orden de comparecer ante la Comisión especial encargada de entender en las causas formadas á los liberales.

El desdichado fué llevado ante aquellos villanos jueces, en cuyos semblantes se pintaba el odio más profundo hacia el triste acusado.

El juicio fué una indigna parodia de una vista regular. Un actuario leyó un largo capítulo de cargos

enderezado contra Osorio, á quien no se tomó ninguna declaración ni se le permitió hacer uso de la palabra. Sin embargo, interrumpiendo al escribano pudo hacerse oir para decir:

—Cuanto dice este señor es absolutamente falso.

—¡Silencio, ó se le pone á V. una mordaza, deslenguado! —gritó el presidente.

Y como Osorio repitiera su afirmación, el presidente ordenó se le amordazara. Costumbres judiciales del año de gracia de 1814.

Levantóse en seguida el señor fiscal D. Santiago López y recitó una enfática acusación, con citas de Bossuet y de las leyes de Partidas, terminando con pedir pena de muerte para el acusado. No habiéndosele nombrado á éste defensor, no hubo defensa.

El acusado fué conducido á un calabozo, donde compareció al poco rato un actuario para comunicarle la sentencia.

El Tribunal, en atención á los servicios prestados por Osorio conduciendo al descubrimiento del complot tramado para comprometer al general Morillo y proclamar la Constitución, le condenaba á reclusión perpetua en el Peñón de la Gomera, sin perjuicio de que S. M. se dignara reformar la sentencia.

Dos días después eran juzgados Whitehead, Guadiel, Creagh, Ramírez de la Piedra, Soldevilla, Oscariz, Llaguno, Marqués y otros comprometidos por el desdichado Osorio, siendo condenados asimismo á reclusión perpetua en los presidios de Africa.

III

Señalado el día 30 de noviembre para el embarque de los presos, hubo de experimentar Osorio la más profunda sorpresa al recibir la noticia de que el rey había rebajado la pena impuesta por el Tribunal de Cádiz, mandando que en su lugar fuese trasladado al monasterio de San Diego de Alcalá, donde permanecería recluso durante un año.

No sabía el pobre joven á qué atribuir semejante derroche de clemencia, y pesóle en extremo tanta benignidad, que, hasta cierto punto, constituía un gravísimo indicio para sospechar que si había delatado á los conspiradores de Cádiz era por villana traición y no en un arrebato de pasión insensata. Osorio, sin embargo, no podía oponerse á que le llevaran á Alcalá, ni, en honor á la verdad, aunque hubiese podido, lo hubiera hecho, pues hallábase en un estado de postración física y moral que le hacía parecer otro hombre. Quien hubiese visto al lancero de D. Julián Sánchez, al amante de Eponina, al bizarro oficial del ejército español en Francia, no hubiera podido reconocer en aquel hombre al que un día, lleno de ardimiento y peleando á la vez por la patria y por el honor de su nombre, había sido el héroe de la batalla de Tamames.

Sí: estaba desconocido Enrique Osorio. Parecía ahora tener cincuenta años: lívido, ojeroso, miserablemente vestido, lleno de canas el rizado pelo, larga y enmarañada la barba, pareciera un fraile de Zurbarán si el vestido no hubiese revelado que era un hombre del siglo XIX.

Fué conducido Enrique á su destino en un convoy que salía para Madrid conduciendo dinero. Mandaba la escolta un comandante que en todo el camino no dejó de tratar con la mayor deferencia al preso: era Fernando Pedrarias, á quien conocimos en Gerona, y que gracias á la protección del conde de la Bisbal había ascendido á aquel empleo. Aparte de esto, Pedrarias no se había metido nunca en política, aunque por nada del mundo hubiera dejado de obedecer al rey, á tener que optar entre éste y las Cortes. Estado de ánimo común á la mayor parte del ejército, poco al corriente de las novedades constitucionales.

El viaje fué pesado y monótono, sin contar con que fué asimismo muy incómodo por el rigor del frío, llegando el convoy á Madrid precisamente la tarde de Noche Buena.

Osorio quedó preso en la cárcel de Villa, esperando la conducción en que debía ser trasladado á Alcalá. El infeliz entró allí temblando con todos sus miembros al pensar que se encontraba próximo á Lucrecia. En vano pedía al cielo le enviase la muerte: ni la muerte venía, ni le era posible á sí mismo causársela, pues estaba imposibilitado de moverse, con las manos sujetas por esposas y cargado de grillos en los pies.

IV

Llegaba hasta Osorio el rumor de la popular alegría, pues por triste que sea tener que confesarlo ello es que el pueblo de Madrid se encontraba muy á gusto con el rey neto, en quien idolatraba. En cambio, no cesaba aquel angustioso temblor que se ha-

bía apoderado del pobre preso. Parecíale que de un momento á otro iba á ver entrar en su calabozo á Lucrecia, y estaba cierto que si sucedía tal cosa su muerte sería segurísima. Sí: iba á morirse literalmente de vergüenza.

Así trascurrieron algunas horas. Cuando Osorio vió desaparecer la claridad del día, parecióle como que respirara más desahogadamente. Sin duda por aquella noche se vería libre de la aparición del tremendo fantasma, cuyo recuerdo le perseguía sin cesar.

Entró un carcelero que dejó un pan negro y un cántaro de agua al alcance del preso, y poco después quedó el calabozo sumido en densa oscuridad.

Tendióse Enrique sobre la podrida paja esparcida en un rincón, apoyó su cabeza en un montón de palmitos que hacían oficio de almohada y comenzó á meditar.

La idea de que al cabo de un año había de verse en libertad le horrorizaba. ¿Qué sería él en el mundo? Un infame, un delator, de cuyo trato se apartaría con repugnancia cualquier persona honrada. ¿Cómo presentarse en Salamanca, sabedores de que por causa de su denuncia había abortado el movimiento constitucional que debía iniciar el general Morillo?

Entonces se acordó Osorio de que era dueño de un rico patrimonio. Entonces se acordó de su hermana, casada con el conde de Teglew. Pero ¿cómo parecer ante los ojos de Aurora? ¿Iba á hacer que el conde le mandara arrojar de su castillo, para que no lo manchara la presencia de un traidor?

De pronto pareció que hiriera la mente del desdichado un rayo de consoladora esperanza. Renunciaría al mundo, se sepultaría en vida en un monasterio, rogando de continuo al cielo que se olvidasen de él; haría vender su patrimonio para repartirlo á los pobres. Y al pensar tales cosas parecióle á Osorio que se mitigaba algún tanto la agudez de su sufrimiento. La espectativa de la vida monástica, de la venta de sus bienes para repartirlos á los desgraciados, de aquella existencia semejante á la muerte, consolábale y le animaba.

Enrique sintió correr por primera vez en mucho tiempo dulces lágrimas por sus mejillas, y, como respondiendo á las voces de la esperanza, oró por largo rato y quedóse dormido viendo en sueños seráficas legiones que le sonreían y le perdonaban.

Volvieron los terrores con la claridad de la mañana, contrastando con la alegría expresada por el repique de las campanas, que saludaban el día del nacimiento del Señor.

¡Cuánto volvía á padecer Enrique Osorio!

V

Al entrar al mediodía el llavero con una cazuela y una botella de vino, dijo:

—Vamos, que hoy sacarán los presos la tripa de mal año. S. M. ha ordenado se os dé á todos rancho extraordinario. Sopa de fideos, carne y vino. No os quejaréis de las bondades de nuestro misericordioso monarca, que Dios guarde.

Osorio, sin atender á lo que decía el carcelero, preguntóle:

—¿No sabe V. cuándo me llevan á Alcalá?

—No. Pero, hombre, ¿no atiendes á lo que te traigo? Mira, hombre, hoy el rancho es muy diferente Di *¡Viva el rey!*

Osorio, ensimismado, no contestó.

El carcelero repuso:

—¡Eh! ¿Estás sordo? Di *¡Viva el rey!*

El preso atendió entonces la indicación y repitió maquinalmente:

—¡Viva el rey!

—Perfectamente. Eso es portarse como un buen vasallo. Come, pues, y que te aproveche.

El carcelero dejó á solas á Enrique y volvió á comparecer al cabo de un cuarto de hora para recoger la cazuela y la botella.

—¡Hombre! ¿No has probado ni siquiera el rancho?—exclamó asombrado.—¿Ni el vino?—añadió, más asombrado aún.

Enrique no contestó. Encogióse de hombros é hizo ademán de echarse en tierra para dormir.

—¡Eh! Compañero,—dijo entonces el llavero;—no estamos para eso. Ahí fuera está un señor que ha pedido verte, y como ha demostrado tanto interés en ello, el señor alcaide no ha tenido más remedio que acceder. Conque, si te encuentras con el buche vacío, peor para ti. ¡Mire V. que hacerle ascos á la comida que da hoy S. M. el rey á los presos de sus cárceles no tiene perdón de Dios!

—¿Qué dice V.?—exclamó fuera de sí Enrique. —¿Viene á verme alguien? Pues yo no lo quiero ver. Nadie tiene derecho á hacer entrar aquí á ningún

extraño. No quiero ver á nadie. Di á ese señor que no quiero verle, que se vaya, que me dejen tranquilo. No quiero ver á nadie. V. no tiene derecho... No, no quiero ver á nadie... Aquí no puede entrar más que la justicia...

—Pues entra la justicia,—exclamó una voz que heló de terror á Osorio.

El desdichado tenía ante sus ojos á D. Julián Palomeque.

VI

El llavero desapareció en silencio, dejando al visitante á solas con el preso.

Osorio, pálido como un cadáver, bajó la cabeza.

—¡Usted aquí! ¡Un fernandista como V., que no pierde ocasión de gritar *¡Viva el rey!* aun en el calabozo!—exclamó D. Julián.

Osorio, convulso, horrorizado, no respondió.

—¡Qué asco! ¡Cuánta farsa!—repuso Palomeque. —¿Creerá V. que así, haciéndose la víctima, podrá vendernos por segunda vez?

Continuó Osorio en su mutismo.

Palomeque, sin poderse contener por más tiempo, rompió entonces en su indignación.

—¡A eso le enviamos á V. á Cádiz! ¡á que delatara á nuestros amigos! ¡á que fueran enviados á los horribles presidios de Africa! ¡á que Morillo, en vista de su felonía de V., renunciara á proclamar la anhelada constitución! ¡á que Lucrecia se encontrara sometida á un proceso del que ha salido con pena capital!

—¡Lucrecia!—exclamó Osorio, mirando á D. Julián con extraviados ojos.

—¡Sí, puede V. gozarse en su infame victoria! ¡Les ha perdido V. á todos! No sé qué mal le habían hecho á V. para cebarse en ellos de tal manera.

—Es inútil que me justifique,—respondió Osorio. —Ni quiero, ni puedo.

—En efecto, sería vano empeño que me viniese V. con nuevos embustes. Ya sabemos todos perfectamente quién es V.

Osorio volvió á callarse.

—Pero ¿no me dice V. nada, hombre?—replicó D. Julián.—¿No recuerda V. nada? ¿Tan poco le interesa mi presencia aquí que no me dirige V. la palabra? Pues por algo habré venido...

—Es inútil hablar,—dijo Osorio;—no merezco que V. me escuche. En cuanto á su presencia en este sitio, la comprendo perfectamente. Si algo se necesitaba para acabar conmigo, su visita de V. y lo que me ha dicho es suficiente y sobrado.

—Es V. muy perspicaz, Sr. Osorio. A eso vengo, en efecto, á acabar con V.

—¿Si? ¿No me engaña V.?—exclamó con loca alegría el infeliz.—Pues, entonces, ¡jamás podré bendecir bastante la hora dichosísima en que ha entrado V. aquí! ¡Sr. D. Julián! ¡No prolongue V. por más tiempo mi horrible sufrimiento! Aquí me tiene V... ¡Máteme V.! ¡Máteme V. y moriré lamiendo las huellas de sus pies!

—Pues aunque se burle, Sr. Osorio,—replicó Palomeque.—Soy hombre que no olvido jamás las palabras que doy, ni las que recibo. Cuando le envié á V. á Cádiz, me dijo V. que respondía con su vida de su lealtad. Vengo, pues, á cobrarme la garantía que me dió V.

—Mil vidas que tuviera puede V. cobrarse,—exclamó Osorio con exaltación.—¡Máteme V.!

—Ciertamente que voy á matarle á V.,—contestó con espantosa sangre fría D. Julián;—y para que vea V. que soy generoso, le doy á V. á escoger entre el veneno ó un tiro. Porque ya comprenderá V. que me trae muy sin cuidado que me dejen aquí y me lleven después á la horca. ¡Por lo que puede ya uno hacer en este mundo!...

—No quiero que por mi culpa tenga V. que sufrir nuevas desgracias, D. Julián,—contestó Osorio.— ¿Dice V. que si quiero morir por el veneno?

—Eso he dicho.

—Pues, sí, quiero. Démelo V. en seguida.

Palomeque metió la mano en un bolsillo de su levitón y sacó un pomito lleno de un líquido trasparente.

—Ahí tiene V.,—le dijo con su terrible calma.— Hay en ese pomo, según la balanza de que me he valido, dos dracmas de solimán en media onza de agua. El efecto será seguro.

Osorio cogió el pomo, destapólo y dijo:

—¿Tardaré mucho en morir?

—Ni un minuto si V. lo toma,—respondió Palomeque.

—Pues, entónces, no quiero tomarlo hasta que V. esté fuera. Al encontrarle junto á mi cadáver podrían sospechar de V., y no lo deseo.

—En esta parte descuide V.,—repuso D. Julián. —El llavero no volverá á parecer por aquí hasta dentro una hora. Está avisado.

—Entonces,—respondió Osorio,—diga V. á Lucrecia que no la he sobrevivido; dígale V. que no me maldiga... y dígale V... que antes fuí desventurado que criminal... Adiós.

Y con rápido gesto llevóse el pomo á los labios, tragando con horrible precipitación su contenido.

Osorio cayó al suelo como herido por el rayo. D. Julián se acercó á él, tocóle, y murmuró:

—Ha cumplido. No le he matado yo: me he cobrado su garantía. Dios le haya perdonado.

Y salió lentamente del calabozo, sin que nadie se opusiera á su paso.

Media hora después entraba D. Julián en una modesta casa de la calle de San Juan, como hombre un tanto inquieto de que le viese alguien.